

EUGEN DREWERMANN

sendas de salvación



Desclée De Brouwer

SENDAS DE SALVACIÓN

EUGEN DREWERMANN

SENDAS DE SALVACIÓN

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2010

Título de la edición original:

SPUREN DES HEILS

© 2007 Patmos Verlag GmbH & Co. KG Düsseldorf

Traducción:

Alicia Valero Martín y Beatriz Valero Martín

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2010

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-2385-8

Depósito Legal: BI-473/2010

Impresión: RGM, S.A. - Urduliz

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: UNA PRIMERA SENDA DE SALVACIÓN

No juzgar sino comprender a las personas 9

SEGUNDA SENDA

Sobre el milagro de la humanidad 13

TERCERA SENDA

La perspectiva de los “pequeños” 29

CUARTA SENDA

De qué viven los hombres 53

QUINTA SENDA

Sobre el sentido del perdón 63

SEXTA SENDA

El hombre necesita algo más que moral 75

SÉPTIMA SENDA

Sobre la funesta trabazón de Dios y el dinero 107

INTRODUCCIÓN

UNA PRIMERA SENDA DE SALVACIÓN: NO JUZGAR SINO COMPRENDER A LAS PERSONAS

En el Museo de Arte Antiguo de Bruselas se encuentra la pintura *Cristo y la mujer adúltera*, de Peter Paul Rubens. La escena se inspira del capítulo 8 del evangelio de Juan. El breve relato refiere que escribas y fariseos acuden al templo de madrugada para hablar con Jesús; llevan consigo a una mujer a la que han sorprendido en adulterio. La ley de Moisés ordenaba que estas mujeres “fueran muertas” (Levítico 20, 10). En cambio Jesús les dice: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. ¡Y todos se alejan! Jesús habla entonces con la mujer y le otorga la libertad de no volver a “pecar”.

El cuadro de Rubens plasma en una única escena cuanto de curativo y salvífico contiene el mensaje de Jesús. Vemos a una mujer con el rostro ruborizado por la vergüenza bajo un negro velo que le cubre el pelo; sus ropas aún dejan a la vista los hombros y el pecho. La joven se cubre la cara con la mano, no se atreve a alzar la vista. A la derecha del todo, un escriba acicalado con borlas y brillos dorados y el sexto mandamiento (“No cometerás adulterio”) pegado a la frente como si fuera un letrado, se inclina y tiende acusadoramente ambas manos hacia ella: está preparado para apresarla; su mirada profundamente faná-

tica expresa una seguridad inconmovible, y se clava en su interlocutor y oponente: Jesús de Nazaret. El semblante orondo y el redondo cráneo tocado con una capucha roja que espera a su lado representa la sólida y “farisaica” seguridad en uno mismo; este hombre apoya con resolución una mano sobre la otra: para él todo está claro como el agua, no hay vuelta de hoja. A la derecha de la mujer, otro hombre mira fijamente a Jesús; a diferencia de los otros, posa protectoramente la mano en el brazo de la acusada, su semblante revela sorpresa; la expresión de sus ojos es interrogante bajo su frente desnuda. La misión del resto de personas situadas entre y detrás de las mencionadas es dotar a la escena de una audiencia de curiosos. Pero lo que estas personas van a ver y escuchar es la transformación de todo un mundo: Jesús está frente a ellos, completamente ensimismado, en realidad no mira a nadie en particular; aún así, abre los brazos en dirección a la mujer y al hombre que porta la ley. Su brazo derecho, anormalmente largo, y sus esbeltos dedos entreabiertos, encarnan todo lo que tiene que decir. Esas manos, bien claro se ve, *no juzgan*, sino que *comprenden*.

¿Pero cómo comprender el mensaje de Jesús en *este* mundo, en un mundo que es, que sigue siendo, como es? Esta pregunta conserva su carácter acuciante desde los días de Caín y Abel en el problema de la *guerra*. La guerra es el resumen, el efecto y la causa de todos los males que los hombres son capaces de infligir a otros hombres. Tanto tiempo como exista la *guerra*, el mundo carecerá de orden, estará necesitado de *salvación*. ¿Pero cómo? Las ideas que presentamos en este libro intentan dejar claro lo siguiente: *no es posible* asistir a los hombres recu-

riendo a la *moral*. Ninguno de los problemas reales que afectan a la vida humana se resuelve con un “debes” o “no debes”. *Todo* hombre debería percibir esta verdad al igual que percibe la mano tendida de Cristo en el cuadro de Rubens. “Solo por la gracia, no por las obras de la ley”. Esta sentencia crucial de Martín Lutero en Carta a los Romanos (3, 28) encierra el contenido esencial de la *doctrina eclesiástica de la gracia y la justificación*. Pero lo que los hombres necesitan lejos está de llamarse en su lenguaje “gracia”, sino *bondad y acompañamiento*, es una mano abierta y no un dedo que se alza o señala, más una *aceptación desprejuiciada y atención sincera* que dogmatismo y conformismo. Se trata de encontrar en los hombres *el* punto desde el que se hace posible desarticlar el mundo presente en nombre del hombre de Nazaret y, con la vista fija en él, transformarlo en un mundo nuevo, *mejor*.

Creer en Jesús significa contar con una fuerza que nos sostiene mientras creemos naufragar; con una voz que nos pregunta quiénes somos cuando hemos dejado de entendernos a nosotros mismos; con un poder que nos protege y nos permite dejar de responder a la violencia con violencia y al miedo con antiterror, para sembrar aún más miedo; con unos ojos que nos miran bondadosa y comprensivamente, con tristeza, pero también con alegría, la alegría de saber que bajo su mirada, y al margen de lo que haya pasado, nos atreveremos a mirarnos de nuevo a los ojos. Creer en Jesús es contar con que somos depositarios de una confianza que nos proporciona la fuerza que necesitamos para volver a creer en nosotros mismos, para “irnos, y no volver a pecar”.

SEGUNDA SENDA

SOBRE EL MILAGRO DE LA HUMANIDAD

En el año 1895, cuando el poeta libanés Khalil Gibran contaba 12 años de edad, compuso un poema en verso que lleva por título *Jesús llama a la puerta del cielo*. Con la ardiente exaltación y sensibilidad de un muchacho hondamente religioso, Gibran se imagina cómo Jesús se presenta ante Dios al término de su vida para confiarle a todos los hombres que, en un mundo despiadado, no han podido vivir sin él, y a los que precisamente por ello lleva consigo, de camino hacia otro mundo, más “paternal”, es decir, en el fondo, “más maternal”. El poema del joven Gibran reza:

¡Padre, padre mío, abre la puerta!
Han venido conmigo hombres magníficos.
Abre la puerta para que podamos entrar.
Todos y cada uno de nosotros somos los hijos de tu
corazón.
Abre, padre mío, la puerta.

Padre, padre mío, llamo a tu puerta.
Traigo a un ladrón hoy mismo crucificado junto a
mí.
Pues él también tiene un alma afable,
y desea que lo acojas.
Robó pan para saciar el hambre de sus hijos.

Pero sé que te va a gustar el brillo de sus ojos.
Padre, padre mío, abre tu puerta.
Te traigo a una mujer que se entregó al amor,
alzaron piedras contra ella, pero
yo conozco tu bondadoso corazón y los detuve.
Aún no se han marchitado las violetas en sus ojos,
y tu abril sigue viviendo en sus labios.
Sus manos sostienen la cosecha de tus días,
y ahora desea entrar en tu casa.

Padre, padre mío, abre la puerta.
Te traigo a un asesino,
a un hombre con el rostro ensombrecido.
Él cazó para sus hijos,
pero lo hizo sin seso.
En sus brazos brillaba el calor del sol,
el jugo de tu tierra corría por sus venas;
exigió carne para su gente,
porque la carne le estaba prohibida,
su arco y su flecha fueron demasiado rápidos,
y cometió un asesinato.
Por eso está aquí.

Padre, padre mío, abre la puerta.
Te traigo a un bebedor,
a un hombre sediento de un mundo distinto de
este.
Deseaba sentarse a tu mesa, con una copa,
soledad a su diestra
y desesperación a su siniestra.
Miró fijamente en el interior de la copa
y vio tus estrellas reflejadas en el vino.
Entonces apuró la copa, porque quería alcanzar
tu cielo.
Porque quería alcanzar su ser más íntimo.

Pero se perdió por el camino, y comenzó a dar
traspies.

Lo encontré a la puerta de la taberna, padre, lo
recogí del suelo,
y él se vino conmigo, sonriendo la mitad del cami-
no.

Ahora está conmigo,
y sin embargo llora, porque la amabilidad le con-
mueve.

Por eso lo traigo a tu puerta.

Padre, padre mío, abre la puerta.
Te traigo a un jugador, a un hombre,
que cambió su cuchara de plata por un sol dora-
do;
y como si fuera una de tus arañas,
tejió su tela y esperó
a la mosca, que también va a la caza de pequeños
mosquitos.

Pero perdió, como todos los jugadores,
y cuando lo hallé, vagaba por las calles de la ciu-
dad.

Lo miré a los ojos,
y supe que su plata no se había transformado en
oro,
el hilo de sus sueños se había roto.

Le ofrecí mi compañía
y le dije: "Observa el rostro de tus hermanos,
observa mi rostro.

Ven con nosotros, nos encaminamos a una tierra
fértil
más allá de la colina de la vida.

Ven con nosotros".

Y él vino.

¡Padre, padre mío, has abierto la puerta!
Mira: aquí están mis amigos,
Los he buscado por todas partes;
pero estaban atemorizados y no quisieron acompañarme,
hasta que les revelé tu promesa y tu gracia.
Ahora que has abierto tu puerta,
ahora que has recibido y dado la bienvenida a mis
compañeros,
ya no hay pecadores sobre la tierra,
que no cuenten contigo y con tu recibimiento.
No existe el infierno, ni el purgatorio;
solo existes tú, y el cielo,
y existe el hombre sobre la tierra,
el hijo de tu venerable corazón.

La humanidad y religiosidad que el hombre de Nazaret trajo a este mundo se basa en el genuino sentimiento de ser un niño, sentimiento del participa incluso el que se ha convertido en un “criminal”. ¿Quién era esa persona cuando era un niño, antes de verse obligado a hacerse “adulto”?

Toda la vida de Jesús fue como una oración infantil, nunca antes escuchada, literalmente *inaudita*, dirigida al poder al que tanto le gustaba llamar nuestro “Padre”, su “Padre” (Juan 20, 17). El único poder en el que confiaba plenamente, del que sabía que nadie perdería su protección, sino que haría salir el sol sobre malos y buenos, llover sobre justos e injustos (Mateo 5, 45). Por ello iba en pos de los que por sí mismos carecían de recursos para salir adelante en la vida; “ningún otro jefe de ladrones habría conseguido reunir semejante tropa de depravados”, se

mofaba el filósofo griego Celso, quizás el más brillante crítico del cristianismo de todos los tiempos, unos 170 años después de la muerte de Cristo. Y en cierto sentido tenía razón, pues esta congregación de perdidos, justamente, vino a ser el principal rasgo distintivo, el verdadero título honorífico del nazareno: algunos de sus contemporáneos lo acusaban de ser el amigo de las “putas” y los “publicanos”. ¿Pero quién si no ellos, los presuntos “pecadores”, alcanzarían a comprender que solo el amor, la comprensión y la bondad pueden cerrar el abismo que se abre a nuestros pies?

El hombre de Nazaret parafraseaba, siguiendo la tradición judía, el nombre de Dios, y hablaba del “Poder”, del “Cielo”, de los “ángeles”; con estas palabras señalaba el brazo que rodea dulcemente la vida de cualquier hombre; jamás, en ninguna circunstancia –pensaba él, e hizo pensar a otras personas– se retiraría ese brazo de nuestro hombro.

Y ello, ¿por qué? ¡Si pudiéramos contemplar este mundo, tan siquiera una vez, con los ojos de Dios! Enseguida nos daríamos cuenta de lo absurdas que son las fronteras que los hombres suelen trazar entre sí, a menudo incluso invocando a “Dios”, en nombre de la presunta superioridad de su moral, o de su presuntamente verdadera religión, o de su confesión, la única, presuntamente, que garantiza la salvación, o de su nación, presuntamente llamada a imponerse sobre las demás. La realidad es que somos demasiado pobres y miserables como para permitirnos la hybris de semejantes diferencias y clasificaciones. Basta con mirar al hombre *al corazón*, en lugar de clavar la vista en sus manos, con considerar sus motivos y senti-

mientos, en lugar de aislar sus “obras” como “hechos” externos y “juzgarlo” según criterios rígidos, para que al instante se alce ante nuestros ojos la imagen de una inmensa penuria, de una desesperación infinita; socorro, y no condena, liberación, y no calabozo, compañía, y no confinamiento, las “puertas del cielo” y no las del “infierno”: he aquí lo que a ojos de Jesús constituye la única respuesta responsable al desafío que entraña la tragedia humana.

Existen, ciertamente, *mandamientos*. Pero ya se trate de la estela de Hammurabi o de los Diez Mandamientos vinculados a Moisés, del código de Justiniano o del código burgués de un Estado moderno, no hay lugar en el que no quede en evidencia lo poco que se gana promulgando “preceptos”, “órdenes”, “disposiciones” o “directivas”. En la vida humana no hay más orden que el que brota del interior del hombre, y en eso precisamente, en fortalecer la interioridad del hombre para que alcance la unidad y el acuerdo consigo mismo, radica la grandeza de la tarea humana. Las leyes, en el mejor de los casos, son como letreros en el camino. Pero hasta los animales conocen el camino, el instinto se lo enseña. La fuerza para seguirlo, sin embargo, mana de otra fuente. Y los así llamados “crímenes”, ¿qué son sino las búsquedas y rodeos de una vida obstruida, una vida que, pese a todo, anhela llegar a la meta?

Repasemos los ejemplos de Gibrán. El *séptimo* mandamiento, por ejemplo: “No robarás”. Los animales, incluso en las formas de vida inferiores, respetan las demandas territoriales de los individuos de su misma especie, se atienen al territorio marcado por un miembro del grupo, reconocen los emparejamien-

tos y el derecho a aparearse de un rival superior. ¿Pero qué ocurre con los cazadores solitarios, con los que son permanentemente marginados, con los que siempre quedan desposeídos en nombre del “Derecho”? A juicio de Salomón, por ejemplo, el benjaminita Jero-boam no era más que un líder rebelde al que había que expulsar a Egipto; ¿pero de verdad habían huido los israelitas en tiempos de Moisés de Egipto, del “cri-sol” de la esclavitud, para ver cómo 250 años después un rey hebreo forzaba a su propio pueblo, al estilo de los faraones, a trabajar en las fastuosas construcciones reales (1 Reyes 2, 15; 11, 26-40)? ¿No fue posible también el “robo” del hombre crucificado junto a Jesús (Marcos 15, 27) el de un rebelde que amaba la libertad –modelo y copia de los muchos otros que a lo largo de la historia han recurrido a la violencia para enfrentarse a las injusticias cometidas por los tiranos y se lo han jugado todo, su vida entera, a una carta: vencer o morir? ¿No sería aquel bandido sin nombre crucificado el Viernes Santo, tal y como opina Khalil Gibran, un devoto padre de familia inducido por el hambre de sus hijos a apropiarse ilegalmente de lo que una violencia cristalizada en Derecho le había impedido conseguir por vías legales? Y pese a ello, ¿quién es capaz de ver hambre y sentido de la responsabilidad en un acto que según los artículos de la ley vigente es condenado como asalto y robo? ¿No aparecería la conducta humana bajo una luz bien distinta de tenerse en cuenta las circunstancias en las que viven las personas y lo que se les ha hecho antes de cometer ciertos actos? Jesús confiaba plenamente en que Dios veía en *el corazón* de las personas (Salmos 26, 2) aún cuando las apariencias que el juicio precipitado arroja sobre ellas lo ahogue y aplaste.

O: “No cometerás adulterio”. ¿Qué ocurre con la mujer del cuadro de Rubens y de la que nos habla el evangelio de Juan? El texto fue introducido solo tardíamente –venciendo la oposición de la Iglesia primitiva– en el cuarto evangelio, y no es difícil descubrir la razón: se trata de una muchacha de doce años que casi recién casada incurre en adulterio. El relato no dedica ni una palabra a explicarnos cómo se sentía la joven esposa. ¿Puede alguien sin embargo imaginarse lo que realmente le indujo a dar amor allí donde la ley se lo prohibía? ¿Está alguien dispuesto a empatizar con el vértigo de los sentimientos de una única noche, con el embriagador efecto del miedo y el deseo ante lo que está claramente prohibido? ¿A confesar que conoce la impotencia del hombre entregado a los impulsos de su propio corazón? “Aquel de vosotros que está libre de pecado, que le arroje la primera piedra”, dijo Jesús. Con ello arriesga que la mujer quede sepultada bajo las piedras de los que la acusan: habría bastando con que uno solo de ellos se hubiera declarado en estado de “inocencia”. Jesús de Nazaret obró un milagro, posiblemente el mayor de los milagros, en el momento en que consiguió que una turba resuelta a efectuar un linchamiento comprendiera. Y con ello abrió los ojos de los esbirros para el estado de su propia alma, devolvió la vida a una amante infeliz, sí, le abrió las puertas del cielo, como asegura Gibran, y a través de ella, a todos los que se hallan en una situación similar.

O tomemos el *quinto* mandamiento: “No matarás”. Nada hay entre los hombres tan terrible como el asesinato, nada resulta tan reprobable como quitarle la vida a una persona. Pero justo por ello: ¿quién puede *querer* cometer tamaña atrocidad? ¿Cuánto miedo,

cuánta ira, cuánto odio e impotencia no habrá debido de acumularse en el corazón de una persona antes de que se descarguen de golpe en el asesinato de un hombre? ¿No podría ocurrir que el “autor” del crimen, por encima de todo, se convirtiera a través de su acción en una víctima de las circunstancias, que se tratara de una concatenación de infortunios, de un capricho del destino y no del resultado de su propia decisión? ¿Quién se hace cargo de estos desafortunados, de aquellos a los que les sucedió lo que jamás habrían querido que ocurriera? ¿Quién procura consuelo a los que se han convertido en criminales contra su voluntad, a los que actuaron empujados por sus enfebrecidos nervios, a los que reflexionaron demasiado tarde? ¿Hasta dónde debemos llegar para *comprender* un delito tan atroz como el asesinato y ofrecer a su autor un refugio en medio de la huída? Y bien mirado: ¿no es todo acto de violencia una suerte de *robo motivado por el hambre*, no de alimentos, sino de amor, la obra de un *niño* famélico –para continuar con las imágenes de Khalil Gibran?

Robo, adulterio y asesinato, además, son “solamente” “acciones punibles” dirigidas contra *otros* hombres. ¿Qué ocurre con las personas que parecen arruinar su vida deliberadamente –los alcohólicos, los toxicómanos, los que sufren adicciones–, los cuales desean ardientemente una vida que les ha sido negada desde su infancia? ¿Qué ocurre con las personas rotas y completamente perdidas que solo pueden soportar la vida “real”, reducida a un incesante dolor, en estado de embotamiento o aturdimiento?

¿Ha sido alguna vez posible prestar una ayuda significativa a las personas espiritualmente rotas sin

poner en cuestión las condiciones sociales que las enfermaron de muerte? Solo así les sería posible vencer la desesperada risa que dirigen contra sí mismos al interiorizar las burlas de la mayoría; solo así podrían recuperar la liberadora capacidad de llorar. Únicamente un sentimiento honrado para consigo mismos puede devolverles el valor para ello, y para que la crueldad del sadismo institucionalizado, de la fabricación de muertes en masa, recupere a sus ojos su carácter monstruoso.

O tomemos el caso del jugador que menciona Gibran. Fiódor Mijáilovich Dostoievski, inspirándose en su propia experiencia, dedicó un relato breve a este tema. Lo que subyace a cualquier forma de adicción es el deseo de reconocimiento y amor; un oculto sentimiento de culpa, sin embargo, una secreta forma de autodesprecio tempranamente inoculado en el niño, impide creer que algo así sea posible, ¡no se puede amar a una persona como yo, es sencillamente imposible!, y así todo parece depender de convertirse en *otro*, de ser una persona diferente a la que se es, o, como esto es igualmente imposible, de ir en pos de un *fetiché* que, como una suerte de falsificación investida de rasgos mágicos, garantice que pese a todo somos dignos de amor. La embriaguez que proporciona el alcohol, las superganancias en el juego, los estimulantes que hacen olvidar el agotamiento –todo se ordena siempre a alcanzar las estrellas por la incapacidad de seguir soportando las condiciones de la existencia terrena. ¿Quién puede coger de la mano a estos soñadores infelices y enseñarles la belleza y grandeza de su existencia real? ¿No brilla la luz de las estrellas en sus ojos? ¿Qué visiones de esperanza se dibujan detrás de su frente, qué sentimientos y pasiones espe-

ran en sus corazones autorización para entrar en la vida? En cierto sentido, toda adicción entraña la ansiosa aspiración a un absoluto de satisfacción ante las insuficiencias crónicas de todo lo terrenal, con lo que solo el que es capaz de satisfacer el hambre de infinitud que siente el ser humano está en situación de devolverle este mundo como un hogar habitable.

El hombre de Nazaret no veía culpables en todos estos casos de penuria y miseria, sino a personas necesitadas, no veía a hombres infames, sino dignos de aprecio, no a personas merecedoras de castigo, sino de aliento. Para él no había “pecadores” y “santos”, ni “piadosos” e “inpíos”, ni buenos ciudadanos y mafiosos malvados: solo personas faltas de Dios, necesitadas de Dios. A sus ojos, *todos* iban en el mismo barco, ricos y pobres, los observantes de ley y el inculto “pueblo de la tierra”, los judíos orgullosos de su templo y los aborrecidos samaritanos, el pueblo elegido y los que proceden de otros “pueblos” – *todos* tienen acceso al lugar en el que Dios habita. Pero precisamente esta radical cercanía de Dios, la promesa de ser aceptado sin condiciones ni prestaciones previas, la inquebrantable solidaridad con las personas marginadas, hubo de enfrentarse y se enfrentará necesariamente en todos los tiempos al trato “normal” que los hombres se dispensan.

Jamás se hará justicia a la penuria del hombre sometiéndolo a juicio, y aquí es posible que el mayor error en que podamos incurrir consista en emperrarse en la defensa de conceptos morales y legales inequívocos, toda vez que en la vida no hay nada estático e inequívoco. Lo mismo ocurriría si (aún) quisiéramos describir los árboles, los copos de nieve

y las nubes con arreglo a las figuras ideales de la geometría euclidiana –es por principio imposible alcanzar aquí valores que no sean meramente aproximativos. En la vida real, los “valores morales y legales aproximativos” que parten de premisas inadecuadas se apartan del esfuerzo por alcanzar una comprensión profunda, entrañan más bien un estrechamiento de la mirada, rigidez, incluso injusticia y sinrazón, por mucho que se invoque la Justicia y el Derecho.

Atendiendo a lo que nos dice el Nuevo Testamento, Jesús tuvo incluso el valor de separarse en el Jordán de las doctrinas de su maestro Juan el Bautista: su mensaje, en lugar de amenazar y amedrentar con el fuego y el terrible juicio de Dios (Mateo 3, 7-12) encierra una invitación e infunde confianza. “No necesitan médico los sanos, sino los que están mal”, pensaba él, y añadía: no he venido a llamar a justos, sino (¡solo!) a pecadores” (Marcos 2, 17). Esa actitud y no otra cosa fue lo que le proporcionó la facultad de *curar a los hombres*. Ciertamente que ya en el evangelio de Mateo el don de Jesús de curar a los enfermos queda aureolado de divina superioridad. El evangelio de Marcos, no obstante, que es anterior, refiere con la mayor naturalidad que en su tierra natal, Nazaret, Jesús “no pudo hacer ningún milagro” y que “se maravilló de su falta de fe” (Marcos 6, 5-6). Todo el “poder” que Jesús poseía procedía manifiestamente de su bondad y de la fascinación que ejercía sobre los demás; aún así, era a veces un poder lo suficientemente fuerte como para liberar a hombres cautivos en el gueto del miedo, para alentarles en su aflicción, sacarles de su desaliento, conseguir que abrieran los ojos cuando su alma estaba en tinieblas y devolver el habla a las bocas enmudecidas.

Ni uno solo de semejantes “milagros” de humanidad habría tenido lugar si Jesús se hubiera movido en el plano de los mandamientos y las prescripciones. ¿Cuán dulcemente se debe acariciar la piel de un hombre para que “quede limpia” de la “lepra”? ¿Con cuánta ternura debe imponerse las manos a una persona para que desaparezca la fiebre de miedo que arde en su frente y halle progresivamente la paz?

Con independencia de los retoques legendarios que posteriormente se añadieran al relato de los milagros, lo que desde un punto de vista histórico está acreditado es que Jesús encontraba palabras y gestos adecuados para hacer volver a la vida a las personas que se acercaban a él. El quería ser con su persona lo que en su día había significado “el templo” desde el punto de vista ritual: un lugar que ofrecía asilo a los que necesitaban protección, tal y como parecen indicar las misteriosas palabras sobre la destrucción del templo que pronunció durante su proceso frente al Sumo Sacerdote, en Marcos 14, 58. Su osadía y su franqueza le costaron la vida, pero hizo comprender a la humanidad que la verdadera línea divisoria entre los hombres no discurre entre la virtud y el vicio, la santidad y el pecado, la ortodoxia y la heterodoxia, sino que lo importante era *comprender*, comprenderse a uno mismo y comprender a los hombres que tenemos a nuestro lado, pase lo que pase, y curar mediante esa comprensión.

¿Pero cómo llegar a ver incluso en “Caín”, no a un demonio, ni a un monstruo, sino pura y sencillamente a un *hombre*, a un hombre que se ha perdido? ¿Cómo regresar al lugar desde el que se comprende que Jesús no era más que un “honeymoon”, tal y

como lo expresó una vez el cantante canadiense Leonard Cohen en *Songs of Love and Hate*: la satisfacción de todo anhelo y ese instante en el que experimentamos una sensualidad y dulzura completamente nuevas?

En todos los tiempos, la religión ha intentado responder a estas preguntas, ha tenido que ofrecer una respuesta; de la diversidad de diagnósticos resulta, claro, una pluralidad de terapias. Aún así, siempre se ha vislumbrado, en todos los casos, que no es posible ofrecer una respuesta a la “maldad” del hombre recurriendo a la moral y al derecho, la fuerza de voluntad y la claridad de los mandamientos. La moral siempre llega *demasiado tarde* como para ayudar de verdad a los hombres; no mitiga sus miserias, las multiplica. Ese descubrimiento no solo nos conduce al centro del mensaje de Jesús, al núcleo de lo que debería ser el “cristianismo”, sino que ante todo nos ayuda a comprendernos mejor a nosotros mismos en todo momento, porque hacemos cosas que, en el fondo, no queremos hacer. Cómo escapar del círculo vicioso del miedo y la desesperación para adoptar una actitud confiada y esperanzada: desde esta pregunta se gana la perspectiva desde la que distinguir con total nitidez el perfil del hombre de Nazaret.

Una breve leyenda india puede darnos aquí una orientación aclaradora:

El adepto del gurú se arrodilló para entrar en el círculo de sus discípulos. El gurú susurró en su oído el mantra sagrado y le advirtió de que no debía revelárselo a nadie.

—Y si lo revelara, ¿qué pasaría? —preguntó el discípulo—. Y el gurú dijo: —La persona a la que le revelaras el mantra quedaría liberada del yugo de la ignorancia y el sufrimiento, pero tú serías expulsado del círculo de los discípulos y condenado a la perdición.

Tan pronto como el discípulo escuchó estas palabras, se precipitó hacia la plaza del mercado, reunió a una gran multitud de personas a su alrededor y repitió el mantra sagrado para que todos lo conocieran. Los discípulos se lo contaron al gurú y le pidieron que lo expulsara del monasterio por su desobediencia. Pero el gurú sonrió y dijo:

—No necesita nada de lo que yo pueda enseñarle. Su modo de conducirse muestra que él mismo es un gurú.

Vale más una persona que se atreve a vivir el amor y pierde por ello el miedo a ser un proscrito entre los hombres que cualquier doctrina, cualquier mantra, cualquier milagro. Semejante hombre es, él mismo, doctrina, es, él mismo, palabra, es el milagro en el que todos debemos transformarnos para ser verdaderamente hombres y estar a la altura del “Hijo del Hombre”. Pero un hombre así va a contrapelo de lo que 2.000 años después seguimos siendo como realidad histórica, de lo que tenemos que seguir siendo, tal y como nos dicen. Ahora bien: ¿puede acaso alguien tomar decisiones sobre nuestra vida?

TERCERA SENDA

LA PERSPECTIVA DE LOS “PEQUEÑOS”

En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: ¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos? Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: “Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe. Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y lo hundan en lo profundo del mar.

(Mateo 18, 1-6)

Las palabras del capítulo 18 del evangelio de Mateo, sobre todo la advertencia de Jesús, entrañan una enseñanza en la que hallamos una curiosa mezcla de responsabilidad y preocupación, esperanza y confusión, comienzo y ruptura, rejuvenecimiento y fracaso, pues se dice que el hombre “infantil” ocupa el centro de la “comunidad” de personas que intentan creer como Jesús y amar como Jesús. La impresión que causan estas palabras tiene quizás su ori-

gen, en primera instancia, en el miedo que inspiran. Aquí se pronuncia la más terrible de las amenazas religiosas: el castigo a la condenación eterna. Con todo, el pasaje contiene principalmente una “lección para los discípulos”, destinada, en su primera parte, a la protección de y aprecio por los “pequeños”. Lo que dos generaciones después de Jesús está aquí en juego para Mateo es la fundación de una comunidad de creyentes que pese a los cambios sufridos siga bebiendo de su fuente original. Y a este respecto la estima por los “pequeños” se considera especialmente importante. ¿Pero quiénes son “los pequeños”?

Si consultamos las interpretaciones que se han ofrecido de este pasaje, descubriremos una singular división entre ellas: se puede tomar a los “pequeños” por los socialmente desposeídos, los dependientes, los necesitados de protección, por un lado, y por el otro, y en concordancia con la bienaventuranza de los “pobres de espíritu” (Mateo 5, 3), a las personas cuyo entendimiento es de una u otra manera escaso, o cuya fe carece de firmeza. Es sobre todo esta segunda interpretación la que se ha impuesto a lo largo de la historia de la Iglesia. Según ella, existe en el seno de la Iglesia un grupo de hombres espiritualmente “pequeños” y “débiles” a los que hay que proteger del peligro que representan los intelectuales, del escándalo de la duda, de la confusión que provoca el escepticismo ilustrado. Y la obligación de protegerlos recae, naturalmente, en los “pastores” del rebaño, en los líderes acreditados, en los guías episcopales de la Iglesia. Con arreglo a esta interpretación, en este pasaje los pastores quedan advertidos de que, en caso de confundir con desorientadores juegos intelectua-

les, por ejemplo, al grupo de los fácilmente influenciados y por ello mismo necesitados de especial protección, sufrirán el castigo del infierno. De todo ello resulta que los obispos de la Iglesia cumplen con su deber justo cuando combaten cualquier brote de intelectualismo.

¿Y cómo se hace esto? Vigilando, por ejemplo, las fronteras de la comunidad, para salvaguardarla de influencias exteriores al modo de la época zarista, en el siglo XIX, durante la cual había hombres apostados en las aduanas cuya misión era controlar los libros que se introducían en la Santa Rusia. ¿Qué contienen estos escritos? ¿Qué pasaría si el “sencillo pueblo de la tierra” comenzara a leer semejantes publicaciones? Estas eran las preguntas que durante el absolutismo se hacían los censores de libros. ¡Y lo mismo ha hecho la Iglesia católica a lo largo de los siglos hasta 1965! Existía un *índice de libros prohibidos* que debía proteger a los católicos de la literatura atea de la modernidad. Y ello con razón, si es que en efecto es necesario cuidar del “rebaño” de Cristo, en el cual son las personas espiritualmente inmaduras las que marcan la pauta a la cura de almas. Respetar a estas personas supone estrechar el campo de lo pensable, extirpar de raíz la osadía de concebir nuevos pensamientos, rechazar todo lo que no se tenga por seguro, ¡es tan grande el riesgo de que el grupo de los mentalmente “débiles” y “pequeños” quede abrumado! ¡Dios nos libre! Y al pastor que no proteja de ello a “su rebaño” se lo llevará el demonio, ¡es lo que dice el pasaje de Mateo!

Poco ha cambiado la cosa en nuestros días. Quien en la actualidad ha osado proponer que se abra un

debate acerca de la urgente necesidad que aún hoy, doscientos años después, tiene la Iglesia de *Ilustración*, parece esperar con ello demasiado del “rebaño” de “creyentes”, ¡porque ellos son “los pequeños” a los que hay que *proteger*! Pero hace tiempo que los “pequeños” se han convertido en *adultos*: pueden desempeñar las más altas funciones, pueden ser directores de escuela, doctores en Teología, pueden incluso haber crecido hasta ser entronizados obispos –nada de esto importa, deben seguir siendo *protegidos*, ellos mismos tienen que protegerse, proteger la certeza de su fe. Con otras palabras: la incesante atención a la “pequeñez” de los espiritualmente “pequeños”, de aquellos cuyo espíritu debe ser protegido, lo que por encima de todo provoca es que los hombres sean *cada vez más* “pequeños”; con ello se consigue que al final sean así: cobardes y estrechos de miras, y por lo tanto romos y mezquinos. Entonces alzan la voz y exigen que no haya nada que amplíe sus miras, que los asuste o impresione. Haciendo de estas ideas la regla fundamental de la vida de la comunidad se reproduce infaliblemente la psicología religiosa de la *secta*: internamente compacta, plenamente convencida, preparada para llevar a cabo su misión de salvación y redimir al mundo. A ojos de los que no pertenecen a ella no es más que un museo viviente, una ridícula comparsa de simpatizantes incondicionales y altamente ideologizados, *una guardería espiritual*. A estas alturas ya todo el mundo sabe que ni existe ni puede existir ninguna “fe” sin decisión personal, sin arriesgar la propia existencia, y que fue, que es un grave error, pretender metamorfosear la creencia en Jesús en una *doctrina*. Lo que teme la intelectualización de la “fe” es precisamente la inteligencia, la formaliza-

ción del credo religioso aspira a protegerse del movimiento de la vida; o dicho de otra manera: interpretar de este modo la “pobreza de espíritu” solo es posible si ya antes se ha puesto el mensaje de Jesús al servicio de una completa perversión.

Lo que en realidad quería Jesús es que aprendiéramos a contemplar el mundo desde la perspectiva de los débiles y de los desvalidos, y bendijo a los que veían su propia pobreza. ¿De verdad debemos creer que Jesús introdujo una de sus más bellas parábolas al final de este pasaje, la historia del pastor que busca a la centésima oveja (Mateo 18, 10-14; ver p. 52), solo con el fin de afianzar una política eclesiástica conservadora y centrada en la protección, en cobijar a los fieles y aislarse del exterior? Comprendemos que, con la clase de piedad que predicaba, lo que Jesús quería garantizar era precisamente la apertura hacia lo exterior. Volvamos, pues, a formular la pregunta, ¿a qué se refería con los “pequeños”?

Una cosa está clara: los teólogos, al interpretar como lo han hecho este pasaje bíblico, se han limitado a verterse a sí mismos en la letra del texto. Han transformado la totalidad de la relación de los creyentes con la persona de Jesús de Nazaret en un mero fenómeno de conciencia, y explicado con arreglo a esto el rasgo de la “pequeñez” como refiriéndose a una dimensión intelectual, a una suerte de debilidad mental, de cortedad en el juicio. ¡Pero aquí no se trata de eso, ni mucho menos! Ya solo el punto de partida de la escena revela que lo que aquí debe entenderse por “pequeño” es algo completamente diferente, y que no se tematiza una *relación intelectual*, sino el *problema de la forma de existencia*.

Los discípulos preguntan a su maestro qué es la grandeza a los ojos de Dios, y la respuesta reza: ¡Mirad a este niño! Jesús lo llama y lo coloca en el centro, en el punto en torno al que todo gira, como si el mundo entero debiera dar vueltas alrededor del pequeño. ¿Qué es tan sumamente grande en un niño como para que en opinión de Jesús sea lo más valioso a los ojos de Dios, tanto, que incluso pueda asegurar: “si no cambiáis y hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos”? Debemos aguzar el oído para captar qué visión del hombre presenta aquí Jesús.

La clase de niño de la calle que él escoge aún puede encontrarse en las plazas y bazares de los pueblos y ciudades árabes: niños abandonados, llenos de piojos, sucios, pero con un intenso brillo en los ojos; descalzos, pero con una enorme sonrisa en los labios pese a vivir en la pobreza. ¡Y un niño así debe tomarse como una medida que invalida todo lo demás! Si queremos conocer el valor de un hombre –eso es lo que claramente quiere decir Jesús– debemos mirarlo a los ojos, que son el espejo de su alma, debemos mirar en su corazón, que es el espejo del mismo cielo –si aún no ha sido asolado por el azote del miedo. Para medir la grandeza de una persona, debe uno contemplarlo en su desvalimiento, en su “infantilidad”, en la anchura de su horizonte, y descubrir en su pobreza algo del hijo del rey, ver en él un *principito*.

Para comprender el mensaje de Jesús es necesario repensar existencialmente el que posiblemente sea el más delicioso cuento del siglo XX, de la pluma del escritor francés Antoine de Saint-Exupéry, hasta que seamos capaces de comprender que lo que se nos

aparece en la figura de un hombre, con toda su pequeñez, con toda su miseria, no es una mezcla de polvo y agua, no es una realidad disuelta en la fugacidad de todo. Es algo que ha venido de las estrellas, que cuando nos mira con sus grandes ojos el mundo, sabe hacer preguntas completamente maravillosas a los así llamados “mayores”; sobre todo esta: ¿qué hay de “grande” en “los mayores”?

En el año 1958, Richard Brooks rodó basándose en una obra de teatro de Tennessee Williams una película titulada *La gata sobre el tejado de zinc*. Se trata de una historia muy auténtica, de gran penetración psicológica, sobre el joven Brick, que se convierte en un alcohólico tras la muerte de su amigo. El joven sufre de impotencia sexual y odia a su mujer porque se considera un fracasado, y odia a su padre, del que piensa que lo tacha de homosexual. Pero ni ella ni él comprenden que toda la desgracia del joven está condicionada por la sobredimensionada figura del padre. Solo cuando en una larga y aburrida fiesta de cumpleaños repleta de falsas amabilidades y mezquinas intrigas estalla la ira reprimida de todos los implicados, cuando el cumplidor pastor de la familia, presente en la fiesta, es al fin despedido, tiene lugar en el trastero del sótano, al que el padre, el “Big Daddy”, ha bajado para encontrar a su desesperado hijo ebrio, como tantas otras veces, la primera verdadera conversación que sostienen padre e hijo, una conversación repleta de convulsos destellos, de arrebatos de ira, que en la película, con mucho acierto, comienza con la pregunta: ¿Qué hay de “grande” en ti, Big Daddy? Eres un tipo que pesa dos quintales, ¿es por eso por lo que eres “grande”? ¿O será porque nunca has permitido que nada que esté a tu lado tenga

valor? Lo que decías tenía que ser verdad, porque tú lo sabías. Yo tenía que pensar lo que tú pensabas, porque eso era la verdad. ¿Será pues por ello por lo que te llaman “Big Daddy”?

¿Es posible que las personas sean “grandes” solo porque subyugan a los demás? Hay personas cuyo modo de ser “adultas” conlleva tolerar solo a duras penas la presencia de niños en su cercanía. Personas que solo pueden convivir con lo que ellos mismos son; y ellos mismos son reaccionarios, han madurado demasiado aprisa, algo así como manzanas agujereadas por los gusanos que enrojecen prematuramente antes de caer de la rama: manzanas podridas, descompuestas, incomibles y, pese a ello, de aspecto atractivo. Pero a los niños no se les puede engañar: cuando miran a los “adultos” a los ojos saben perfectamente lo que tienen delante. Quizás por ello diga Jesús que eso es lo más grande en la vida: no haber perdido la autenticidad y poder resistir por ello la mirada de un niño pequeño, no negar nuestra propia “pequeñez”, sino tener confianza suficiente para vivir con ella.

Lo inaudito es que uno tiene que amar a un niño por el mero hecho de que existe. Sobre los adultos solemos preguntar por qué los valoramos, qué cualidades apreciamos en ellos, qué podemos hacer con ellos: en otras palabras, cómo emplearlos en el engranaje de funciones que han de ser desempeñadas para que todo se desarrolle como habíamos previsto. Un niño, en cambio, todavía no tiene nada, todavía no puede nada, todavía no sabe nada, ¡y sin embargo hay en él una inmensa sabiduría! Enseña a cualquier adulto algo importante sobre el fundamento de la

existencia humana: uno tiene que amar a otro hombre en virtud de su mera existencia. Basta el hecho de la existencia del niño para llevar a sus padres el sol y la luna, para proporcionarles la mayor felicidad. Los inunda de alegría con su sonrisa, de alborozo con sus balbuceos, de risas y desenfado con sus juegos. También puede volverlos locos y sacarlos de quicio, qué duda cabe, ser la causa de innumerables noches en vela, pero todo esto no oculta lo que el niño es capaz de hacer: revelar una dimensión de la vida que los adultos, en la mayoría de los casos, han perdido.

Para comprender todo el mensaje de Jesús, como subraya Mateo, basta con entender una única cosa: que Jesús quería eliminar la petulancia, las jerarquías que establecen quiénes son “grandes” y quienes “pequeños”, y ello en nombre de los que no pueden competir en semejantes “juegos”. Lo que Jesús predica desde el Sermón de la Montaña es la completa renuncia a cualquier tipo de “posesión”, ya sea económica, social o política, y ello en virtud de la pobreza esencial en la que se encuentra el hombre. El hombre, por sí mismo considerado, no es, en efecto, nada: una experiencia que siempre se puede vivir y se ha vivido como algo humillante. Pero por ello precisamente sigue Jesús la dirección contraria: él parte de las personas de las que indiscutiblemente parecen no ser nada, y de ellas precisamente es de quien se declara partidario, esas son las personas que deben tener una oportunidad entre los hombres que están plenamente convencidos de ser algo.

Así pues, si preguntamos ahora a quién alude el pasaje de Mateo al hablar de “los pequeños”, la res-

puesta rezaría: “¡Observad a los niños!”. Comprenderemos qué es lo que concretamente se quiere decir si traducimos “los pequeños” por “todos los que están desesperados”, “todos los que sufren espiritualmente”, “todos los que estás psicosomáticamente agotados”: alcohólicos, drogodependientes, asociales, delincuentes, asilados, excluidos, “todos los que están fuera del sistema de protección social, todos los que carecen de oportunidades...”.

El propio Mateo confirma el acierto de semejante “traducción” al poner en boca de Jesús las palabras: “Los publicanos y las rameraas llegan antes que vosotros (los sumos sacerdotes) al Reino de Dios” (Mateo 21, 31). No eran entonces las “rameras” algo muy diferente a lo que son ahora: personas a las que se ofende por su belleza, a las que se avergüenza por lo que los hombres ven en ellas, hasta que por fin estén lo suficientemente “desvergonzadas” para dejar que las pisoteen y las exploten. Se entregarían a cualquier movimiento de mano que fuera una verdadera caricia, pero lo único que reciben son baratijas y dinero. No hay posiblemente en la historia de la humanidad un perfil femenino más explotado y oprimido que la figura de la prostituta. Por el lado masculino y en la época de Jesús, los publicanos representan la alienación del trabajo humano. Representan a todos que se prostituyen, a los que cualquiera puede manipular, personas que hacen cosas que no quieren hacer en absoluto, que participan en actos que en el fondo les repugnan, que declaran lo que bajo ningún concepto pueden comprender, que exponen pensamientos que no pueden creer, que recitan versículos que para ellos no son más que palabras vacías y sin sentido; a cambio de elló reciben dinero, influencia y poder. Así

eran entonces los “publicanos”, así siguen siendo hoy en día: seres atrapados en sí mismos, seres entregados al capricho de los poderosos, marionetas en manos del mejor postor.

Si uno comienza a tantear esta dirección de pensamiento, se comprende al instante que la salvación, la verdadera decisión entre la vida y la muerte, entre el cielo y el infierno, consiste en abandonar esa determinada forma de “ser adulto” que hayamos adoptado y en convertirse en “un niño”. El principal problema de la humanidad radica en que nos topamos una y otra vez con personas que parecen estar perfectamente satisfechas con lo que representan; supuestamente no necesitan nada más. Se sientan con sus mejores galas, con la testa erguida y abrigada por la pomada de sus cabellos, e impresionan a los demás con las frases que se han preparado. No necesitan nada, y en efecto: Jesús se las veía y deseaba para tratar con esta clase de personas, con los poderosos, con los que gozan de reconocimiento, con los socialmente aventajados. Esta clase de hombres jamás tiene miedo, ellos nunca dejan traslucir ni la más mínima inseguridad, disfrutan comprobando que a las personas que se les acercan se les seca la garganta y les tiemblan las piernas. ¿Cómo desenmascarar el carácter patológico de la aparente seguridad en sí mismos de estos “adultos”? ¿Cómo salvar en un mundo así a los niños? ¿Cómo despertar lo que podríamos llamar el sentido primitivo, el sentido que todos tenemos, para la verdad?

Eso era lo que Jesús intentaba transmitir cuando dijo: “Si no cambiáis y os hacéis como los niños, (traducido libremente): no podrá haber nada recto en

vuestras vidas”. Semejante divisa modifica de raíz la concepción del mundo. Lo cual puede ilustrarse con un pequeño ejemplo:

Coja una hoja de papel y siéntese a escribir, apoyándose en sus recuerdos, qué imagen tenía de la vida, que sueños albergaba cuando tenía cinco, o diez, o quince años. No me refiero a lo que nuestros padres soñaban para nosotros incluso antes de que llegáramos al mundo, sino a nuestros propios sueños, a cómo queríamos ser al margen de las expectativas de nuestros padres. Bastan un par de ejemplos para comprender el acusado contraste que existe entre nuestro primigenio mundo infantil y el mundo de los adultos.

Raro será el niño que no se llevara un susto de muerte al presenciar por primera vez cómo los hombres matan a los animales. No existe niño sobre la tierra que no desee un mundo sin crueldad ni sufrimiento. Tampoco habrá ningún niño que no se horrorice al descubrir que lo que dicen cada día en las noticias ocurre de verdad, que en este lugar tanques de acero avanzan de verdad sobre los cuerpos de personas vivas, que en el de más allá las ráfagas de proyectiles que dispara la artillería por control remoto destruyen hospitales en los que mueren o son mutilados a sangre fría niños, mujeres y ancianos. Si nos atreviéramos a leer desde la perspectiva de un niño, aunque solo fuera por una vez, lo que los periódicos dicen todos los días y que con el paso del tiempo nos parece lo más normal del mundo, ¿qué imagen nos formaríamos de nosotros mismos, de “los adultos”? Basta hacer esto para ver cuanto desorden hay en el mundo.

Basta con desear un mundo en el que no se *asesine* a los animales y en el que no se *sacrifique* a los seres humanos (¡Demos la vuelta a las palabras!) para que deje de funcionar en el acto la economía, para que se derrumbe el orden social en el que vivimos, para que el mundo burgués en su conjunto quede reducido a ruinas, ¡nada seguiría siendo como es! ¿Debemos acaso decir por ello: “Aniquilemos entonces los sueños infantiles”? Supuestamente, justo en eso consiste hacerse adulto: en ponerse las botas de militar y convertirse en hombres duros. Aprendemos a imponernos, a golpear, a ser fuertes, es lo que se exige de nosotros. ¿Pero quién es el que exige de nosotros que vivamos así? ¡*Dios no*, desde luego! Ocurre más bien que nuestras cabezas están programadas para que veamos en las más terribles acciones la conducta que, en determinadas circunstancias, estamos obligados a seguir. Merece la pena que examinemos esta idea de hacerse adulto en el ámbito de lo privado.

“El que reciba a un niño como éste en mi nombre”, es decir, básicamente: el que se acepte a sí mismo en su “condición de niño” –anuncia Jesús en este pasaje– “a mí me recibe”.

No cabe exagerar lo importante que es tener presente esta verdad en el trato con los hombres, una y otra vez, en cada caso concreto. ¿Cuántos no serán por ejemplo los matrimonios que se ven sumidos en las mayores dificultades debido a que cada miembro de la pareja se ha arrojado a los brazos del otro huyendo de su infancia o adolescencia? Quizás se conocieron cuando tenían veinte o veinticinco años, como personas en cierta manera “hechas”, y desde entonces se obstinan en que el otro no flaquea bajo

ninguna circunstancia en su condición de “carácter” hecho. Dan por sentado que lo que vivieron antes de su matrimonio, cuando aún eran pequeños, ya no desempeña ningún papel en su vida en común. Y lo que normalmente ocurre es que ese pasado del que ambos creían tener que huir se convierte en la amenaza que se cierne sobre su futuro: ¡todo se repite! A más tardar cuando la relación llega a este punto, no existe para ellos más que un único camino de salida, que es retomar lo que en su día fueron, aceptar, literalmente “en nombre de Dios”, al niño que siempre se han sentido obligados a reprimir.

Hace un rato me contaba una mujer:

Con mi nuevo novio he regresado a mi infancia, literalmente: he hecho con él un viaje al lugar en el que nací. Quería enseñárselo todo. Y pensé: si de verdad me quiere, lo comprenderá, y si no lo comprende, nunca me querrá de verdad. Para ser más exacta: jamás me habría sentido capaz de emprender ese viaje a mi infancia si no hubiera confiado en que lo comprendería. O dicho de otra manera: me habría dado un miedo atroz emprenderlo. Ya de camino me deshice en lágrimas, no sabía lo que iba a pasar. Aún así, continuamos el viaje. No me atreví a entrar con mi novio en la casa en la que transcurrió mi infancia, pero le conté todo lo que me ocurrió durante aquella época: nos quedamos en la puerta y le expliqué la miseria en la que vivíamos. También le conté que no pasó día en el que algún acontecimiento no me hiciera sentir culpable. Le enseñé el estanque en el que estuve a punto de ahogarme. Estaba sentada en la presa y se me cayó al agua un pedazo de pan; jamás me habría atrevido a regresar junto a mi madre y

confesarle: ¡se me ha resbalado media barra de pan de entre las manos! Así que salté al agua para buscar el pedazo de pan pese a que no sabía nadar. ¡Estoy viva de milagro! “Mira –le dije– aquí es donde ocurrió”. ¡Cuántas veces no habré pensado después de aquello que habría sido mejor que nadie me sacara del agua! “Y mira, esta es la pradera de la que te he hablado; lo mejor de mi vida, ¡la de veces que correteé por ella!”. En casa no había ningún lugar en el que me sintiera a gusto y la pradera era mi salvación. Cuando la vi con mi novio estaba llena de campanillas de las nieves, ¡qué preciosidad, parecía una pradera hecha de florecillas! Mi novio tenía que entender todo aquello, es el lugar del que procede mi ser. Si hoy en día sigo viva es gracias a las campanillas, a las primeras mariposas, a las primeras abejas, a los primeros rayos de sol. El amor que siento por mi novio es quizás la primera primavera de mi vida. ¿Pero cómo habría podido sobrevenir la primavera a mi vida si no hubiera regresado a los días de mi infancia, si no me hubiera permitido a mí misma ser lo que fui? Una muchacha, angustiada, torturada por sentimientos de culpa, sí, ¡pero también repleta de sueños, de esperanzas! Cuando en mi infancia veía la luna, podía imaginarme el aspecto que tendría su cara oculta. Cuando escuchaba al tren correr por los raíles de la estación detrás de mi casa, yo viajaba por el cielo a lomos de la luna, cada noche.

Todavía recuerdo lo que sentí la primera vez que me contaron que Papá Noel no existía, ni el niño Jesús, ni el conejo de Pascua. De niña creía en todos ellos porque necesitaba creer en algo; y de repente, en una tienda a la que había ido a comprar medio kilo de patatas, cuando quise comprar un conejo de

chocolate –yo estaba convencida de que los había llevado el conejo de Pascua–, alguien me dice: “Eres tonta, ¡el conejo de Pascua no existe!”.

¡Qué terrible fue la infancia de esta mujer! ¡Qué difícil debió de ser para ella recordarla junto a su novio! Como en la vida de esta mujer, a menudo una paradoja recorre nuestra existencia: ¡uno solo puede convertirse en adulto haciendo realidad los sueños de la infancia! Claro que no existen los conejos de Pascua, ni los niños Jesús, ni los papás Noel, los trineos no cruzan la luna en su viaje por la vía Láctea, pero lo que sí existe es el *resplandor de la gracia* sobre la cabeza de cada persona, y donde quiera que caiga uno de esos refulgentes rayos del cielo, algo comenzará a crecer como una bella flor de incomparable belleza que necesita ser protegida. Es un principito, un niño eterno, la búsqueda de la verdad, un anhelo de infinitud, el comienzo del cielo en la tierra.

Esto es lo que significa aceptarse a uno mismo como niño.

En el seno de la sociedad actual aprendemos algo semejante del psicoanálisis y de la psicoterapia, si bien, por regla general, de un modo bastante artificioso y excepcional. También en ellos debemos comenzar por reaprender *hoy* las palabras que entonces *no* pudimos decirle a nuestro padre, a nuestra madre, a nuestros hermanos, y por dejar de conceder a todos los “padres” y las “madres” esa importancia absoluta de la que estaban investidos para nosotros cuando no éramos más que niños asustados. Solo volviendo a ser “niños” en este sentido conseguiremos convertirnos en individuos independientes,

mayores de edad, en personas sólidas o, en palabras de Jesús, en “hijos de Dios”, en los “herederos” de *su* “Reino”. Nadie podrá arrebatarnos esta verdad: “Que el “mundo” haga lo que le venga en gana: nadie podrá destruir lo que somos” (Ver Mateo 10, 28). Jesús es *esto*, este es todo su mensaje, en esto consiste su promesa.

Nuestra interpretación, con todo, no aclara por qué pronuncia Jesús una amenaza tan vehemente e intimidatoria justo en este pasaje en el que aboga por la “condición infantil” del hombre. Para comprenderlo, debemos escuchar otra vez, con suma atención, lo que Jesús dice: “Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y lo hundan en lo profundo del mar”. Los que lo rodean acaban de aprender a recobrar la esperanza en su vida siguiendo a la persona de Jesús de Nazareth, están comenzando a reconocer su dignidad, y entonces llegan esas otras personas que se las dan de “mayores” porque tapan sus viejos miedos con lo que ellos llaman “Dios”. ¡No creáis que Dios –dice Jesús– va ayudaros en eso! ¡No va a permitir que lo utilicéis de ese modo! ¡No tolerará que pisoteéis los primeros frutos de la obra de la gracia! Si hay un verdadero crimen sobre la tierra, ese es el de aplastar la incipiente confianza que brota trabajosamente en el alma del hombre mediante esas sempiternas sentencias que se amparan en la tradición, mediante las falsos dogmas que se declaran sacrosantos. Más les valdría a esas personas tener una sola mano, o un solo pie, o un solo ojo; más les valdría mutilarse a sí mismos que conducirse como lo hacen (ver Mateo 18, 8-9).

Hay hombres que con sus “bravuconadas” pueden confundir a las personas en cuyo corazón está renaciendo la esperanza gracias al mensaje de Jesús, y ello, literalmente, con sus manos y pies; es bien sencillo: se levantan los puños de la camisa y dejan libres sus manos, que en cierta manera son como tornos, siempre saben por dónde coger las cosas, y allí donde dejan caer su puño jamás vuelve a crecer la hierba, y siempre asestan el golpe donde desean hacerlo. Son las personas que saben “manipular” a los demás a su antojo.

Y junto a ellos están los de grandes pies, los que siempre se mantienen firmes en su posición, los fuertes de carácter; hombres que parecen haber llegado al lugar que ocupan brotando del hormigón del suelo que los sostiene. Tanto los manipuladores como los “hombres-búnker” pueden desbaratar por completo el tipo de confianza que Jesús vino a traer a “los pequeños”, y lo que Jesús parece querer decir es lo siguiente: ¡Cuánto mejor no sería que solo tuvierais la mitad de vuestra destructiva y falsa confianza en vosotros mismos! ¡Solo entonces tendríais la oportunidad de convivir con personas que os acercaran a Dios! La enfermedad que más abunda entre los hombres es la de “saber coger a dos manos”, la de plantarse delante de los demás con las “piernas separadas” y declarase a sí mismo la medida de todo. Aquellos que siempre tienen la vista puesta en “lo correcto”, que presuntamente todo lo pueden ver y prever con su ojo de lince y tienden a mirar por los demás, también suelen dejar a su paso toda una legión de personas dependientes, incapaces, ciegas; de *pobres diablos* en cierta manera. ¿Pero no es acaso verdad que los hombres que satanizan a los demás *viven* ya

por ello mismo en el “infierno”? Así pues: ¡Mejor sería que os partierais por la mitad!

¿Cómo salvar entonces a los *infantiles*? Esa es la pregunta que formula el evangelio de Mateo. Y la historia de la oveja perdida con la que Jesús responde a la pregunta es una parábola increíble.

Si un hombre tiene cien ovejas y se le descarria una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve, para ir en busca de la descarriada? Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que tiene más gozo por ella que por las noventa y nueve no descarriadas. De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños.

(Mateo 18, 12-14)

Este breve relato de Jesús se dirige contra cualquier tipo de reglamento constituyente de la Iglesia o de la sinagoga; el programa que entraña hace saltar por los aires las fronteras que los “dirigentes de la Iglesia” no cesan de trazar con el fin de controlar al “rebaño” de los creyentes. Antes de que Jesús contara la parábola de las cien ovejas debieron de preguntarle en innumerables ocasiones: “Rabí, ¿qué te inspira y cómo justificas lo que haces? Es palmario que las personas que acuden Sabath tras Sabath a la sinagoga, leen los textos sagrados, escuchan las explicaciones de los rabinos y observan las leyes de Israel te son indiferentes. ¡Y sin embargo corres en pos de la primera prostituta, del primer publicano, del primer juerguista o maleante con el que te encuentras! ¡Detrás de personas a las que solo cabe escupir a la cara, de asociales de todo pelaje! ¡Eres injusto con nosotros! ¡Somos *nosotros* los que merecemos aten-

ción, Dios está de *nuestro* lado! ¡Desfiguras el claro trazado de las fronteras, tomas partido por los desviados, te relacionas con personas que no merecen ni el saludo!

Ahora: ¿es acaso imposible que alguien que no ha tenido ni la más mínima oportunidad en la vida –un hombre, por ejemplo, que ingresó en prisión a los 18 años, que pasó en ella los 20 años siguientes, para salir a los 38 y acabar de nuevo en la cárcel dos años después–, alguien que ha llevado una existencia errática y fracasada, esté en situación de decirnos algo que nos concierne a todos? ¿Algo sobre la relación entre la bondad y la maldad, sobre la culpa y la inocencia en la vida humana? Semejante hombre nos podría contar cómo puede uno ser empujado por la vida de aquí para allá como si fuera una bola de billar, y de ese modo al fin comprenderíamos lo siguiente: *cualquiera* podría contar una historia semejante, para darnos cuenta de ello basta con reflexionar seriamente sobre el asunto. Y también comprenderíamos que solo cuando estamos al borde de las lágrimas, solo cuando conocemos el sufrimiento, solo cuando estamos perdidos, podemos aprender algo sobre *Dios*. Aprendemos a dismantelar los falsos valores y a tomarnos finalmente en serio lo que eleva al ser humano. Son los presuntos fracasados los que pueden enseñarnos a ver un fragmento de la fuerza destructiva de la así llamada vida normal, los que nos muestran hasta dónde tendríamos que mover las fronteras para alcanzarlos. No es otro el fin que persigue Jesús al contar la parábola de la oveja perdida.

Cuando al fin se comprende lo que Jesús quiere decir en este pasaje, se viene abajo cualquier tipo de

legislación eclesiástica. Jesús afirma que hay hombres cuya vida es como la de la oveja de las montañas: han perdido el camino. Al contrario que las cabras montesas, las ovejas son realmente “tontas” en lo que se refiere a orientarse en el espacio, como animales esteparios nunca encuentran por sí solo el camino a casa. Así que se quedan donde están y se lamentan: beeee, beeee. Y, claro, sus balidos atraen a los depredadores. La probabilidad de que caigan sobre una oveja perdida las hienas y los buitres es muy alta. El pastor *tiene* pues que ponerse en camino y encontrarla pronto, de lo contrario está perdida. E incluso si la encuentra, no podrá reconducirla sin más al cercado, porque estará agotada y sin fuerzas.

Al trasladar esta imagen al ámbito humano, hallamos que en esta emotiva y consoladora parábola se describe el sufrimiento del hombre, su desvalimiento y desesperación. Si *esta* es una imagen del ser humano –una criatura que no puede avanzar ni retroceder, a la que sus llamadas de socorro exponen a grandes peligros y que difícilmente avanza por sí solo, incluso aunque uno se esfuerce por acercarse a él, de modo que debe ser literalmente *llevado* a casa–, es indudable que en seguida se hará escuchar la voz de personas que nos reprochen el irresponsable desperdicio de tiempo y energía que supone ocuparse de él, y así entenderemos las dificultades a las que se enfrentó Jesús y lo *modernas* que son las preguntas que tuvo que responder.

El que diga: “esta es la norma; el que la siga es bueno, el que la infrinja se queda fuera, sin más” no ha entendido nada del mensaje de Jesús. Si el mundo en cambio debe girar precisamente en torno a los

que se han quedado fuera, si son justo ellos los que pueden poner en cuestión el mundo de los que demuestran su fidelidad al orden, el mundo de los que con su posición y actitud son el orden mismo, estamos abocados al desorden. Y sin embargo, opina Jesús, es precisamente ese “desorden” el único “orden” que tiene consistencia de cara a Dios y a los hombres.

“Pequeños” y “pobres” son hoy en día las personas que llegan al aeropuerto de Frankfurt con sus cuatro pertenencias; la muerte les pisa los talones, pero frente a ellos se alza la burocracia alemana, que les explica: “no pedís asilo por motivos políticos sino económicos, con lo que... ¡so sorry! No tenéis pasaporte alemán, no aparece ningún apellido alemán en la línea genealógica de vuestros antepasados, solo sois etíopes, ¡eso no es suficiente! ¡No en Alemania! ¡Este no es un país de inmigración!”. Si viéramos las cosas con los ojos de Jesús, sabríamos que la miseria no admite demora. O con otras palabras: si en la casa de al lado hubiera una persona a punto de morir de hambre y nosotros escucháramos sus gritos de socorro sin acudir en su ayuda y darle de comer, el fiscal del estado podría acusarnos del delito de omisión de socorro. ¿Qué decir entonces de (o a) los políticos que se gastan millardos de euros al año en tanques y misiles mientras contemplan impasibles a los millones de personas que se mueren de hambre en el mundo? ¿De verdad puede sernos indiferente su sufrimiento solo porque están a mil kilómetros al sur de aquí y no en la casa de al lado, solo porque viven geográficamente algo más lejos que el vecino? ¿Acaso no son personas porque no hablan alemán sino quizás árabe, o bengalí, o urdu?

De eso depende todo, de cómo tratemos a los “pequeños”. Y difícilmente cabe “escandalizarlos” más que dejándolos morir de hambre. O quizás sí: podemos hacerles ver cómo la pobreza deviene miseria, y la miseria desesperación, y hacer que no quieran saber nada del Dios que está en el cielo siendo así que no encuentran a ningún ser humano sobre la tierra. Todo esto es lo que podemos conseguir, lo que vamos a conseguir; en esto puede convertirse, se convertirá, el día de mañana, ¡basta con que sigamos haciendo lo que hasta ahora! Basta con que sigamos pensando: Jesús habló hace 2.000 años, ¡pero no corre ninguna prisa que obremos en consecuencia! Para qué si no tenemos una Iglesia tan famosa, un Estado tan famoso! ¡Que todo siga como está!

En media página de la Biblia se decide, y no solo en el más allá, sobre el “cielo” o el “infierno”, ¡todo comienza *ahora*! Podemos elegir entre comportarnos como el diablo o como los ángeles, y la decisión de hasta qué punto nos atrevemos a convertirnos en *niños* corre en paralelo con la anterior. ¡La confianza que cabe tener en los hombres que se atreven a ser niños es ilimitada! Ningún niño es por naturaleza duro de corazón, ningún niño ignora que las caricias pueden curar, que la ternura puede ser una necesidad de primer orden, que cualquier otro niño es bienvenido, tanto como él mismo, ya sea negro, blanco o amarillo. Tampoco le importa a un niño qué idioma habla otro niño: antes o después lo comprenderá, porque el otro juega como él, ríe como él, llora como él: es un niño, igual que él. ¡Seamos pues como los *niños*, los maravillosos y amados *hijos de Dios*!

Esto es lo que Jesús quería decir: el que siembra la bienaventuranza porque cura y une a los demás, ese es el que merece ser llamado *hijo, hija* de Dios (ver Mateo 5, 9).

CUARTA SENDA

DE QUÉ VIVEN LOS HOMBRES

Si deseamos encontrar un texto que contenga en media página lo esencial del mensaje de Jesús, el pasaje adecuado, sin duda alguna, es la parábola del siervo del rey indultado pero inmisericorde. Es quizás la más bella, la más provocadora, desesperada y esperanzada parábola que haya salido nunca de la boca de Jesús. El texto contiene todo lo que quiso decirnos, y nos permite ver, a la par, cómo lo ponía en práctica: para Jesús nada había más importante que abrir las fronteras de Israel a las personas que habían quedado *fuera* de todas las fronteras. Nadie debía seguir siendo excluido en nombre de Dios. La experiencia íntima de Jesús al leer a los profetas y a los salmistas debió de ser la de que ningún hombre tendría ni la más mínima posibilidad de permanecer con vida delante de Dios si Dios fuera como lo describen los teólogos: *justo*, y si se condujera con nosotros del modo en que nos lo merecemos: *castigando*. A Jesús debió de parecerle evidente, al menos hasta cierto punto, lo que Juan el bautista había puesto en marcha: si Dios solo tuviera en cuenta su propia ley, su “justicia”, el destino del hombre no podía ser otro que el de perecer en un nuevo diluvio. Ningún ser humano puede albergar la esperanza de zafarse de su casti-

go si no adelantándose voluntariamente a su proceso penal frente a Dios, reconociendo toda su culpa, arrepintiéndose y dejando que le sumerjan en las aguas para resucitar en el perdón. A ojos de Jesús, Juan el bautista tenía toda la razón del mundo y, a la par, no la tenía: el hecho de que existamos se debe a que Dios *renuncia* desde el origen al castigo del diluvio que nos merecemos, ¡y lo hace hasta el fin de los tiempos! ¿Qué se sigue de esto?

El ser humano –eso debió de experimentar Jesús en su trato con los enfermos, los perdidos, los excluidos– *no puede* “invertir la dirección” por sus propios medios, no puede cambiar su vida, incluso aunque lo desee intensamente. *Ese* es el sentido de las palabras inmediatamente anteriores de Jesús, la parábola de la oveja perdida: el pastor va a por el animal y lo lleva en sus propios brazos al cercado. Para Jesús eso es lo que Dios tiene que hacer con cada uno de nosotros, de lo contrario ninguno estaría en situación de vivir. *Cada* uno de nosotros, todos, dependemos de su infinita compasión. ¡Sin esa compasión, si solo se nos embute en los conceptos de lo justo y lo injusto, no seríamos capaces de existir!

Ante todo, Jesús percibió claramente que es *el principio de la justicia* lo que niega cualquier oportunidad a los que carecen de derechos, y que por lo tanto había que remover la base de la convivencia entre los hombres, el fundamento de todo ergotismo y de todo talante justiciero, para que las personas pudieran vivir. El elemento provocador de la conducta de Jesús emana de su deseo de mover a los hombres a la *renuncia* en relación a la reclamación de sus derechos frente a sus semejantes, y ello por amor a la ver-

dad, y por amor a los hombres que siempre quedan arrollados por el discurso del derecho. Nadie que pretenda comenzar justificando sus férreos principios religiosos, morales y jurídicos en Dios está de hecho “justificado”. Ninguno de los que pretenden hacer eternas las leyes humanas y convertir a Dios en una proyección de sí mismos resistiría la justicia de Dios. De entrada –pensaba Jesús– de nada nos sirve la experiencia de un dedo que se alza reprensor, lo que necesitamos es una mano extendida que nos permita saltar el abismo que se abre a nuestros pies entre los artificiosos conceptos del bien y del mal. Nos convertimos en seres soportables solo porque Dios nos soporta. Y por eso cuenta Jesús la parábola del “siervo bribón”, para inducir a cualquiera que la escuche a redescubrirse a sí mismo y redescubrir su vida en esa historia.

Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: “Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré”. Movidó a compasión el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda. Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: “Paga lo que debes”. Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: “Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré”. Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Al ver sus

compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Su señor entonces le mandó llamar y le dijo: “Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti? Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que debía. Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano”.

(Mateo 18, 23-34)

En este relato todo tiene un aire paradójico. Lo que normalmente se nos enseña es que está en nuestra mano elegir libremente entre el bien y el mal y también, en consecuencia, limitar nuestra culpa. El presupuesto de la *ética* que nos inculcan es que cuando uno ha hecho algo mal, puede corregirlo por sí mismo. La *libertad de nuestras decisiones* y el carácter *limitable de nuestra culpa*: he aquí los dos principios en los que parecen descansar la totalidad de las normas que regulan la convivencia en la sociedad y en la Iglesia. En esta parábola, sin embargo, Jesús arremete precisamente contra estos dos principios fundamentales y hace una apasionada defensa de la compasión *infinita* para con todas las personas cuyas vidas no encajan en la malla que tejen las definiciones convencionales del bien y el mal. Por regla general esta clase de imperfección no salta a la vista, ¡pero qué sencillo es cometer una acción que nos coloque fuera del ámbito circunscrito por la solidaridad social! Una acción arrebatada, un único escándalo público, algún defecto moral que ha logrado ocultar-

se durante largo tiempo y queda repentinamente puesto en evidencia: basta cualquiera de estas cosas para llevar completamente a la ruina la existencia social de una persona. Y cuanto más arriba crea estar esa persona, tanto más dura será la caída. Como además todos los presuntos méritos acumulados pierden de un día para otro su valor, uno se pregunta si alguna vez valieron algo.

¿No ocurre que en el fondo todos vivimos confiando en que, llegado el caso, también seríamos aceptados sin credenciales? Ahora bien: ¿cómo podemos estar íntimamente convencidos de algo así? Si para vivir en esta creencia es necesario que nuestra eficiencia y castidad, nuestra utilidad y excelencias, nuestra rectitud y honradez demuestren que nuestra existencia está justificada, entonces estamos perdidos. Esto es lo que Jesús desea dejar bien claro en esta parábola: si nos colocáramos frente a Dios y debiéramos dar rigurosa cuenta de en qué situación nos hallamos, se haría evidente que todos estamos atrapados en alguna red de deudas de la que nos es imposible escapar. Con arreglo al principio de la justicia, deberíamos asumir y saldar nuestras deudas, y, en efecto: las directrices del Estado y la Iglesia nos obligan a que seamos consecuentes y a que respondamos por cualquier injusticia que hayamos cometido, que vendamos todo lo que tenemos o, llegado el caso, que aceptemos el embargo de todo lo que hasta entonces habíamos llamado nuestras propiedades. Ahora bien: si fuera esta clase de “justicia” la que tuviera vigencia delante de Dios, entonces, literalmente: ¡que Dios se apiade de nosotros! Y esto precisamente es lo que cuenta la parábola de Jesús. Las cosas no parecen haber cambiado mucho en los 2.000

años que han transcurrido desde entonces: “¡Vende!” –le ordena el rey– “¡a tu mujer, a tu hijo, a ti mismo! ¡A la cárcel!”. Al hacerlo sabe perfectamente que de ese modo no se va a saldar ni una diminuta parte de las deudas de su siervo, ni siquiera los intereses; a fin de cuentas, el encarcelamiento de por vida de ese hombre no va a servir para nada, por lo que, siendo tan inmensas las deudas de su siervo, incluso al rey le interesa condonarle todo, así que le *perdona*, sencillamente, en cuanto suplica clemencia.

A quien entienda esta parte de la parábola se le hace patente la experiencia fundamental que está a la base del mensaje de Jesús; el resto no es más que una consecuencia evidente de ella, incluida la apremiante súplica que Jesús eleva en el Padre Nuestro: “y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores” (Mateo 6, 12). Tal y como Jesús entiende las cosas, en la vida humana no son decisivas ni la “moral” ni la “ética”, que solo conducen a la formulación de determinados “derechos” y “deberes” y nunca a la *renuncia* incondicional, a la vista del indecible desvalimiento del ser humano, a todo pensamiento que se desarrolle en términos de derechos y deberes. ¡A ojos de Dios, las sumas que cada uno de nosotros tiene que saldar en relación a los demás son en el fondo ridículas!

Pensar en las pocas décadas que convivimos con los demás sobre la tierra, la sola visión del oscuro rostro de la muerte, debería hacer que nos cogiéramos los unos a los otros de las manos como hermanos y hermanas. Deberíamos abrazarnos *agradecidos* los unos a los otros, como seres que acaban de escapar de la muerte, y disfrutar juntos de los pocos años

que nos es dado convivir, cada cual agradecido por el regalo de su vida, y por el regalo de la vida del otro, que está junto a él, que está con él. Si consideramos ahora, desde este trasfondo, lo que tenemos que reprocharnos los unos a los otros, en realidad no son más que bagatelas y pequeñeces, nunca nada realmente importante y decisivo. Y a esto Jesús añade: “¡El juez eterno nos ha puesto a todos en libertad, todos hemos sido *indultados*! *Esta* es la actitud afectiva, *este* es el estado de ánimo que desea transmitirnos, para que al fin podamos respirar y sentir la alegría de poder *ser*, existir, como seres que carecen de justificación, sí, pero también como salvados, como injustos, en efecto, pero también como indultados. Es el sentimiento de querer abrazar el mundo entero.

Solo hay una cosa, piensa Jesús, que Dios, el Padre celestial, nunca comprendería: que nosotros, en cambio, como si no comprendiéramos que las cosas son justo como hemos dicho, nos agarremos los unos a los otros por la garganta y viviéramos en la ilusión de estar legitimados para pedirnos cuentas desde el punto de vista del derecho. Para advertirnos de ello, Jesús traza la contrafigura del rey misericordioso, es decir, un rey airado, y habla de unos siervos afligidos ante la petulancia de su compañero, que es injusta, precisamente porque él vive de la piedad del rey, y porque debería llevar la compasión que ha conocido hasta el fin del mundo.

En esta parábola está íntegramente contenido cuanto de provocador, insurgente y revolucionario quiso decir y hacer Jesús. Jesús demostró la seriedad con la que él se tomó este mensaje en innumerables ocasiones invitando a su mesa, a una y la misma

mesa, a publicanos y pecadores, prostitutas y mendigos, a asociales de todo pelaje. Su idea principal era que todos los hombres debían *reunirse* ante Dios, que nadie podía quedar excluido del banquete de la gracia.

Este es el contenido esencial y casi podríamos decir lo único realmente inigualado que Jesús deseaba aportar a la historia religiosa de la humanidad. Por contra, cualquier punto de vista que se aparte de la idea de la piedad infinita representa una recaída en lo moral, volvemos a aceptar al otro solo *bajo ciertas condiciones*, le decimos: “Eres uno de nosotros si observas nuestros mandamientos, nuestras leyes, nuestros compromisos. En toda comunidad de hombres existen reglas de juego, si te atienes a ellas, formas parte de la comunidad, si no lo haces, te autoexcluyes, y nosotros tenemos derecho a disponer que seas expulsado”. No hay lugar en el mundo en el que este modo de pensar no parezca obvio.

Pero Jesús quiere romper con esta lógica, porque es consciente de la gran cantidad de hombres a los que destruye, y porque siguiéndola, al final siempre será solo un pequeño grupo, el de los que se pretenden eternamente justos, los que se sientan al lado de Dios. ¡Es justo lo contrario!, pensaba Jesús. Al hablar de Dios introducimos en la vida un elemento completamente nuevo, un elemento que hace saltar por los aires todos los derechos que los hombres se reclaman e imponen. No tenemos derechos ante Dios, y si es así, ¿con qué derecho podemos reclamarnos los unos a los otros?

Está bien claro: lo que Jesús desea enseñar en este pasaje es *el perdón como principio*, como fundamento

de nuestras vidas. Pone patas arriba el principio de la ética, que suele rezar: te haces culpable por tus obras, pero puedes expiar tu culpa, puedes corregir el pasado, puedes *mejorar* y hacerte así *merecedor* de perdón. ¡Las cosas no van en ese orden!, piensa Jesús. Nadie puede hacer algo de sí mismo. Lo primero que necesita un hombre, su más básica necesidad, es que le aseguren: *estás autorizado a existir*, con todo lo que eres, con todo lo que hayas hecho, *porque eres un ser humano*, porque tú también eres *hijo de Dios*.

Este y nada más que este es el principio de la vida y de la salvación.

QUINTA SENDA

SOBRE EL SENTIDO DEL PERDÓN

Sigue vivo en la Iglesia el recuerdo de lo que originalmente significaba “perdón”, y sería un recuerdo valiosísimo con tal de que alguien se lo tomara en serio. Los teólogos católicos afirman, como parte de su “doctrina de la fe”, que uno puede confesarse solo si ha recibido el bautismo, lo cual viene a significar que para recibir el *perdón* es necesario haber experimentado en el propio cuerpo lo que significa transitar de la *muerte* a la *vida*, saltar el abismo que se abre entre la culpa y la salvadora mano de Dios.

Cualquier niño que se esté preparando para hacer la comunión sabe que lo primero que uno debe hacer para confesarse es *examen de conciencia*. Y sería una directriz correcta si la Iglesia supiera sacarle partido a la máxima en relación a sí misma. La amplia experiencia en el ámbito de la psicoterapia de la que hoy disponemos revela que las personas, por sinceros que sean sus esfuerzos, están poco capacitadas para llevar a cabo exámenes de conciencia. Nos tumbamos en el diván y procuramos hacer un balance de nuestra vida: ¿qué hemos hecho bien hasta ahora? ¿Qué hemos hecho mal? Si enfocamos el problema desde los tópicos morales en los que vivimos no tendría por qué ser difícil averiguar las respuestas. Y sin embar-

go nos resulta difícil orientarnos si no contamos realmente con una aceptación incondicional como la que debería experimentarse en el “bautismo” y que, naturalmente, la praxis eclesiástica hace imposible que experimentemos. Un ejemplo:

Un hombre dirige duros reproches contra sí mismo. Hace tiempo que tiene una amante, ha cometido adulterio con ella en frecuentes ocasiones. Nunca se lo ha confesado a su esposa; mentirle constantemente le causa grandes sufrimientos, se siente culpable. Y sin embargo, ¿qué puede hacer? Si le dice a su amante: “Ahora márchate, tengo que pensar en mi mujer”, es posible que destruya la vida de una persona que se ha unido indisolublemente a la suya desde el punto de vista humano. Esta mujer, la amante, es casi 20 años menor que él, y no era un amante lo que buscaba cuando entabló con él una relación, sino a un padre. Por el otro lado, si habla abiertamente con su mujer y le confiesa hasta dónde ha llegado, lo más probable es que destruya su matrimonio. No obstante, si sigue engañando a su mujer, la distancia interior que le separa de ella seguirá creciendo, indefectiblemente. En otras palabras: no hay salida, se mire por donde se mire.

La directriz que en una situación así le daría la moral eclesiástica es inequívoca: evita a tu novia. Ahora bien: ¿de verdad es así de sencillo? ¿Puede uno prometer algo así, sin más? Este hombre está sinceramente arrepentido, pero su arrepentimiento no le conduce a nada. Le atormenta lo que ha hecho, lo que hace, pero él mismo no comprende por qué han sucedido así las cosas, qué es lo que ha pasado. Es muy

fácil pronunciar la palabra “examen de conciencia”; llevarlo a cabo, en cambio, es una tarea que a menudo requiere meses y años de trabajo. Pero vayamos a lo esencial: el *perdón* no es algo que se alcance al *término* de semejante “examen de conciencia”, no es la recompensa a una conducta que por fin ha conseguido hacerse moralmente buena. Todo lo contrario.

¡Para que una persona llegue a ser sincera consigo misma es necesario, como *condición previa*, el perdón! Un hombre en semejante situación nunca averiguará los motivos de su conducta si no tiene la certeza de que la persona que está sentada frente a él se esfuerza por comprenderlo, de que *no* va a ser juzgado cuando diga lo que tenga que decir. Que su interlocutor esté sinceramente dispuesto a apoyarlo y comprenderlo en lugar de a condenarlo es *la condición previa, fundamental*, para que él pueda abrirse a sí mismo, y viceversa, el “orientador”, o el que le asiste espiritualmente, tiene que confiar en que este hombre es un *buen* hombre, una persona en cierta manera perdida, o quizás desesperada, alguien, en definitiva, que tiene dificultades para tratar consigo mismo y con las personas que están a su alrededor, pero no “definitivamente malo”. ¿Cómo ayudar a este hombre? De eso se trata.

En semejante situación, actuar como orientador, asistente espiritual, terapeuta, amigo o amiga, exige, como primer paso, tener muy presente las propias limitaciones. No se ve de inmediato una solución clara, no hay una fórmula sencilla que señale el camino recto. Siempre han existido, desde luego, esas personalidades de hierro que, en cuanto tienen noticia de un asunto, ya saben perfectamente qué hay que hacer

y cómo resolver el problema –contundente, enérgica, virilmente, con resolución. ¡Para qué si no tenemos una *voluntad libre*! ¡Y, a ver, qué dice la moral! ¡Para qué se han promulgado los Diez Mandamientos! Lo que ahora hay que hacer... Ninguna de estas espléndidas personas tiene ni la menor idea de en qué acaba convirtiéndose la convivencia entre un hombre y una mujer que permanecen unidos únicamente por obra de una decisión moral, de una resolución que emana de un incombustible sentimiento de culpa; tampoco saben cuánto resentimiento, odio y afán de venganza puede suscitar una vida así, el grado en el que las posibilidades de desarrollo personal pueden quedar truncadas, la cantidad de reproches inconfe-
sados que se acumulan en el corazón de esas parejas. Dos troncos no se quedan adheridos por el mero hecho de presionar el uno contra el otro, y apretarlos con más fuerza no sirve de nada. No hay violencia moral capaz de ligar a personas que no están ligadas interiormente. Con lo que lo único que puede resultar de ayuda es volver a hilar, tejer y entrelazar los delicados hilos de la ternura que han perdido por el camino. ¡Pero primero hay que encontrarlos! ¿Qué razones tienen ese hombre y esa mujer para creer en la continuidad de su matrimonio? ¿Qué es lo que este hombre ama en su mujer, si es sincero? ¿Y ella? ¿Por qué lo ama? Y su novia, por otra parte: no puede decirse que los intensos sentimientos que le atribuye su amante sean incorrectos, sin más. Debe de haber algo justificado en ellos, ¿pero qué? Si escuchamos con atención a este hombre, descubrimos que conoció a su amante en el peor momento de una crisis personal. Por aquel entonces, casi se creía muerto en vida: afrontaba una difícil intervención quirúrgica –

cáncer, se suponía. Finalmente superó la operación y comenzó a vivir algo así como una segunda juventud. Afloraron en él deseos con una intensidad que jamás antes había vivido, y aquella mujer joven, una persona hasta cierto punto desesperada, le vino como anillo al dedo para satisfacerlos. También la amante, desde luego, puede y debe ser comprendida: ¿podemos acaso culpabilizar a la persona que no deja pasar una oportunidad excepcional –a sus ojos, posiblemente la única que se le presentará en la vida– de ser feliz? ¡Cuántos juramentos no habrían intercambiado! ¡Cuántas esperanzas, explicaciones, promesas! ¿Podrían, deberían acaso ser todas ellas declaradas nulas de la noche a la mañana? Lo que aquí ofrezco es solo un pequeño ejemplo. En él, con todo, se deja ver que la tragedia de la vida humana es a menudo demasiado rica como para que podamos gobernarla aplicando normas morales.

Y si profundizamos un poco más en el asunto, descubriremos algo aún más sorprendente. Con arreglo al itinerario *moral*, lo que este hombre tendría que hacer en el acto es *disciplinarse*. Y sin embargo, como era de esperar, no es capaz de hacerlo, lo cual ya nos ha quedado claro. ¡Pero eso no es todo! Cuando comprendemos lo que sucede en su interioridad enseguida nos damos cuenta de que el principal error que este hombre ha cometido quizás no consista en reclamar para sí *demasiada* felicidad sino, en cierta manera, *demasiado poca*, pues de improviso declara: “Jamás he conseguido imponerme a lo largo de mi vida, me he pasado la vida satisfaciendo los deseos de los demás”. Con esto se pone de manifiesto cómo alguien puede hacerse culpable porque está en deuda consigo mismo, con su propia vida. Esto, el hecho de

que en su vida, dominada por sentimientos de culpa, jamás haya habido una persona con necesidades propias y voluntad propia, acaba por enredarlo inevitablemente, también desde el punto de vista moral, en una situación trágica, fatal. ¡Lo primero que hay que hacer es ayudarlo a que desarrolle una personalidad propia! Tendría que poder manifestarle a su mujer cuáles son sus deseos, todos los anhelos que deberían conocer el uno del otro; solo entonces carecería de sentido que se alejara de ella a los brazos de otra. También tendrían que revisarse y replantearse en la misma línea los sentimientos de culpa que alberga en relación a su amante, y las expectativas que ella lanza sobre él: para qué puede él seguir estando ahí y para qué no. En cualquier caso, y sea cual fuere el rumbo que tome su vida, ¡ninguna persona externa conoce la solución! ¡O se soluciona el problema *desde dentro* o no hay nada que hacer! La solución, sea cual sea, depende enormemente de la estructura de la personalidad de los implicados. Antes de plantearnos esta pregunta, antes de saber cómo son las personas con las que nos las habemos en esta situación, es imposible “solucionar” el problema. Pero “perdón” significa aún algo más profundo: al final sentimos que Dios tiene que perdonarnos, literalmente, *todo lo que somos*, pues de lo contrario no podríamos vivir. Solo en la solidez para con nosotros mismos que nace de la confianza en una disposición infinita al perdón se va gestando desde dentro una personalidad propia que nos capacita, también en sentido moral, para lo “bueno”.

En la actual Iglesia (católica) no existe algo similar a lo que hemos llamado “confesión”. ¿A quién puede sorprender entonces que la psicoterapia haya

ocupado el lugar de la religión? Es probable que desde el punto de vista de la historia de la cultura lo que hoy llamamos “psicoterapia” no sea más que el anticipo de las condiciones que están a la base de la convivencia humana y que en las atiborradas calles de las ciudades del mañana nos serán indispensables. Está creciendo una nueva sensibilidad para con el prójimo, una nueva disposición a abrirse al otro en un grado quizás nunca antes alcanzado. Ya solo a la vista del *giro cultural* que estamos viviendo se hace evidente que ya no es posible plantarse delante del otro y decirle: “Te perdono en nombre de Dios”. El arte que Jesús practicó es mucho más grande: enseñar a los hombres a *perdonarse a sí mismos*.

El hombre del que hemos hablado, por ejemplo, seguirá sufriendo durante años a consecuencia de la culpa que ha contraído. *¿Cómo puede perdonarse a sí mismo?* Solo lo conseguirá si es capaz de ver y vivir animosamente lo que de bueno anida *incluso en sus errores*.

¿Y cómo puede alguien perdonar a otra persona? Aquí posiblemente la mayor dificultad radique en que nuestra debilidad nos hace tan sumamente vulnerables que a menudo lo único que podemos hacer es gritar de dolor; y cuando las cosas son así, todo nuestro ser se orienta a protegerse tanto interior como exteriormente del peligro de recibir nuevas heridas. En la medida en que vivimos la presencia del otro en nuestra vida como la de un agente invasivo, la prioridad será apartarlo de nuestro yo como si se tratara de una espina que se nos ha clavado en el pie, lo cual hace imposible que lo “perdonemos” de verdad.

La capacidad de decir sinceramente a los demás: “Está bien, te perdono”, depende de si nos hemos formado un *yo propio* lo suficientemente firme como para no sentirnos continuamente en riesgo. Así es como debemos entender la directriz que Jesús ofrece a Pedro según la cual no basta con perdonar siete veces, sino que es necesario perdonar hasta *setenta veces siete*. El trasfondo de estas palabras es el grito de venganza, inspirado por el miedo, que pronuncia Lámek, el hijo de Caín, ante sus mujeres (Génesis 4, 22-24): él castigará las ofensas por septuplicado. En la lógica del miedo, opina Jesús (Mateo 18, 21-22), la espiral de violencia y respuesta a la violencia no puede sino agravarse; el único modo de escapar a este círculo vicioso es una nueva experiencia de la confianza.

Una mujer, por ejemplo, que nunca ha aprendido a imponerse y defenderse, me dijo: “No comprendo cómo mi vecina puede ser así”. Luego me relató con todo detalle lo harta que estaba de aquella señora. Sin embargo, al considerar con algo de detenimiento el asunto, resultaba evidente que se trataba de incidentes completamente normales. Esta mujer no estaba acostumbrada a abrir la boca y decir en el momento oportuno: “¿Qué quiere usted decir? ¿Qué pretende? ¿Me puede explicar por qué hace ahora esto o lo otro?”. O: “Lo que está diciendo me parece ofensivo”. Entre ellas no había suficiente feedback. Hasta cierto punto, *todas* las personas con las que se relacionaba mi interlocutora pasaban por encima de ella, sencillamente porque nunca había aprendido a explicarse ante los demás y a pedir explicaciones. *Esto* era lo que habría tenido que hacer para darse finalmente cuenta de que todas aquellas cosas que tenía que

“perdonar” a los demás no eran más que bagatelas, cosas de pequeña monta –no más de “100 dinares”, una suma ridícula por la que no tiene sentido arrojarse al cuello del prójimo.

Junto a esta manera de relacionarse con el perdón que podría calificarse de *depresiva*, existe otra que podríamos llamar *neurótico compulsiva*, y parece que es esta, sobre todo, la que Jesús tenía en mente cuando pronunció la parábola del sirvo bribón. La parábola nos habla de personas que se sienten tan *asistidas de razón* que apenas reflexionan sobre las injusticias que cometen con los demás. Son por ejemplo ese tipo de padres y madres que siempre saben qué es lo mejor para sus hijos: con quiénes deben entablar relación, cómo deben comportarse en la escuela, etc. Es como si en las cabezas de estos padres se hallara la solución definitiva a todos los problemas de la vida. “¡No salgas más con ese chico!” –le decía hace poco un padre a su hija. “La gente me ha dicho que te va a buscar la ruina. ¡Qué sabrán ellos! ¡No, a mi hija no puede pasarle algo así, de lo contrario no sería mi hija!”. Este es el modo en que se puede empujar a una muchacha de 18 años a embarcarse a los 20 en una relación desgraciada con un hombre que, tal como quería su padre, se parezca a él. El padre se percibe a sí mismo como una persona que siempre se conduce responsablemente, que no ha destruido la felicidad de nadie, todo lo contrario: ha dado a su hija la dirección adecuada en el momento adecuado para que siga el camino adecuado. ¿*No tener razón?* ¿Pero qué tontería! ¡Él *sabe* lo que hay que hacer!

Abrir una brecha en esta forma de contundencia y completa seguridad en uno mismo, en esta endureci-

da capacidad de perdonar, constituye, sin duda, la mayor dificultad que Jesús encontró a la hora de transmitir su mensaje. En estos casos no se puede hablar de perdón, que más bien se asemeja a una pérdida de crédito, pues desde esta óptica el “perdón” acaba por convertirse en una ofensa para nuestro sentido del derecho: hay que aplicar los castigos, las sanciones y las deducciones en concordancia con los criterios establecidos, las leyes y el orden. Jamás ha habido ni habrá lugar para la generosidad y liberalidad sinceras en esta lógica. ¡La libertad sería inquietante! Y pondría en evidencia que el fondo del que mana una existencia compulsiva no es más que lo que es: polvo y arena, ¡nada sólido!

En relación al mensaje de Jesús constatamos una y otra vez que ayuda a vivir a los que se sienten perdidos; Jesús no tiene nada esencialmente nuevo que decir a estas personas, las cuales abrazan su mensaje con todas sus fuerzas. Para los que hasta entonces se las han arreglado mejor o peor en la vida, el mensaje de Jesús no representa más que una amenaza desconocida contra la que tienen que armarse.

Sea como fuere, el tema del perdón, entendido como pretendía Jesús: algo que afecta a *la existencia entera*, y no como un mero ejercicio moral, nos sitúa ante una decisión inaplazable: *o bien* sentimos que tenemos aire suficiente para seguir viviendo como lo hemos hecho hasta ahora, en cuyo caso rechazaremos al hombre de Nazareth por considerarlo un soñador, un loco o un anarquista –alguien, en definitiva, que no *debería* pensar las cosas en términos tan radicales como de hecho las pensó; *o bien* modificamos el ángulo y pensamos las cosas desde la perspec-

tiva de los más pobres de entre los pobres, desde su miseria, su desesperación, y nos preguntamos qué es lo que puede *ayudarles*. Desde este ángulo todo lo que Jesús tiene que decir resulta evidente, nos sumergimos en las profundidades del mar hasta llegar al lugar en el que se abre el abismo, hasta el centro del mundo –el lugar del que procede la vida y la muerte, el lugar en el que encontramos a *Dios*.

Una mañana de Pascua, en un campo de trabajo siberiano, el escritor ruso Fiódor Mijáilovich Dostoievski tuvo una experiencia que marcaría su vida. Siendo él un hombre inocente, un preso político, la circunstancia de tener que vegetar durante años en compañía de asesinos, criminales y bandidos lo mortificaba. Le provocaba un intenso sufrimiento psicológico, y en secreto sentía desprecio por sus compañeros de prisión. Pero aquella mañana de Pascua en la cárcel siberiana comprendió algo esencial: “Todas estas personas –se dijo– son iguales a ti. Tienes que dejar de condenar y comenzar a comprender. No debes juzgar a ningún hombre, porque solo conseguirá enderezar su vida cuando tú lo comprendas”. Su hija, Aimee Dostoievskaja, escribe que en su lecho de muerte su padre pidió que le leyeran la Biblia, la parábola del hijo pródigo (Lucas 15, 11-32), y que después, llamando a sus hijos, les habló del sentido del pasaje en estos términos: “Cuando quiera que os sintáis culpables no olvidéis estas palabras: yo, vuestro propio padre, os perdonaría cualquier cosa que hicierais, llegarais hasta donde llegaseis. Tanto mejor podréis creer que Dios, vuestro padre eterno, siempre os acompañará, os lleve la vida a dónde os lleve. Y si os habéis hecho culpables, no debéis desesperar en la culpa y por la culpa. Que Dios os guarde de

esto: de haceros culpables por desesperación”. Aimee añade que en su vida jamás tuvo miedo, porque la imagen de su padre la acompañó siempre.

Esta es quizás la mejor imagen que se pueda ofrecer de lo que Jesús quería decir. Él deseaba trazar la imagen de un padre que siempre está a nuestro lado y que nos perdona lo que hayamos hecho. Para creer esto necesitamos, ciertamente, que haya personas que siempre nos apoyen, como hizo Jesús, y que estén ahí a las duras y a las maduras.

Y cuando nos asalten las dudas, lo que debemos hacer es muy sencillo: recordar lo que seríamos *sin* el perdón. La comunidad de los seres humanos sería entonces tan amplia y ancha como la línea del horizonte (ver Mateo 5, 45). Ya no habría dogmas que nos permitieran tildar a algunos hombres de incrédulos, ni mandamientos en los que basarnos para descalificar a otros como desobedientes. Lo que en lugar de ello quedaría serían hombres, nada más que hombres, que dependen conjuntamente del perdón y de la bondad que los une.

SEXTA SENDA

EL HOMBRE NECESITA ALGO MÁS QUE MORAL

Consideremos con algún detenimiento el tema de la *justicia*. No existe en la historia de la ética y de la filosofía moral concepto del que se haya derivado y en el que se haya justificado mayor cantidad de mandamientos y reglas. Pasa por ser la esencia misma de la moralidad, el fundamento de cualquier ordenamiento jurídico y estatal. El derecho escrito, vigente, está contenido en el concepto de justicia, y lo concretiza. ¿Pero qué es la justicia? Si de verdad existe algo así, ¿cómo pueden los hombres vivir con ella? ¿Qué será de nosotros en un mundo que es *injusto*? ¿Cómo podemos transformarlo en un mundo en el que reine mayor justicia? Y sobre todo: ¿qué actitud adoptó el hombre de Nazareth en relación al concepto de justicia heredado de los griegos y los romanos? ¿Cómo armonizar la perspectiva religiosa de Jesús con las bases éticas de la existencia humana? Existe por fin la idea de que un *juez justo*, que para los creyentes es Dios, actuará al final de los tiempos. ¿Representa esta imagen la anhelada unidad de religión, moral y realidad? Preguntas y más preguntas, cada una un problema por sí misma, pero también, por ello mismo, una esperanza de solución, ¿o quizás también una posible decepción? ¿O una promesa? ¿Qué en realidad?

El hombre de Nazareth no era un filósofo, ni un político, ni un tratadista. Él era un poeta, un terapeuta, un profeta. Enfundó todos sus pensamientos sobre el ser humano, el mundo y Dios en pequeños relatos. Es significativo que hallemos una de sus más apasionantes, deliciosas y revolucionarias historias en el evangelio que se atribuye a Mateo, a un hombre que, según la leyenda, fue llamado por Jesús cuando vivía como un pecador en una ciudad aduanera, y que, de entre los evangelistas, fue el que mejor comprendió cuan necesitado está el ser humano de puro perdón, de pura gracia.

Hallamos en su evangelio la parábola de *los trabajadores de la viña* o, mejor dicho, la parábola del propietario gratuitamente bondadoso, pues de eso se trata.

El Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercia y al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: “Id también vosotros a mi viña y os daré lo que sea justo”. Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: “¿Por qué estáis aquí todo el día parados?”. Dícenle: “Es que nadie nos ha contratado”. Díceles: “Id también vosotros a la viña”. Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: “Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros”. Vinieron pues los de la hora undécima. Al venir los primeros pensaron que cobrarían más, pero ellos también

cobraron un denario cada uno. Y al cobrarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: “Estos últimos no han trabajado más que una hora y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y del calor”. Pero él contestó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno? Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos”.

(Mateo 20, 1-16)

Todas las exigencias que los hombres lanzan al mundo y a los otros hombres están relacionadas con *derecho* y *justicia*. La necesidad que siente el ser humano de ser justamente tratado es elemental. ¿Y qué podría parecer más importante desde el punto de vista moral que dar a cada persona lo que le corresponde, que dar a cada cual “lo suyo”? Eso precisamente es lo que quiere decir *justicia*.

La Biblia, ya en la tercera página, en la historia de *Caín y Abel* (Génesis 4, 1-12), nos dice qué ocurre cuando las personas se sienten injustamente tratadas. En una situación así el ser humano, inevitablemente, se siente desaprobado. Esto, por sí solo, quizás no sería tan grave si no fuera porque tiene a su lado a otro que se esfuerza tanto como él por procurarse reconocimiento y afecto. No hace fundamentalmente nada distinto de lo que hace él, ni mejor, y sin embargo, sin hacer nada extraordinario, es preferido. La *desigualdad* entre los hombres, el sentimiento de ser postergado *injustamente*, puede convertir a una per-

sona bienintencionada en un asesino; esto, al menos, es lo que nos dice esa antigua historia bíblica.

Y, en efecto: el ser humano es capaz de llevar a cabo actos extremos cuando se decepciona su necesidad de justicia. En el fondo de cualquier guerra late el afán de tomarse la justicia por su mano si las circunstancias fuerzan a ello. De ahí que el humanista Erasmo de Róterdam preguntara, ya en el siglo XVI, para advertir y precaver de este hecho, si había habido alguien en la historia de la humanidad que hubiera emprendido una guerra creyendo que su causa era injusta. ¿Justicia y guerra? ¡Guerra justa! ¿Es posible que contando con la más alta legitimación, con el concepto de justicia, seamos capaces de llegar a cometer los más atroces actos y de extraer directamente del concepto de justicia incluso el “deber” de cometerlos? En los años cincuenta del siglo XX, en la era de la Guerra Fría y del miedo al peligro rojo y amarillo que se cernía en el Este en forma de comunismo, el papa Pío XII, sin ir más lejos, justificó la utilización en caso de necesidad de “recursos bélicos atómicos”, o sea, de armas atómicas de destrucción masiva. El papa mismo añadió sin embargo que la “paz es la obra de la justicia”, *opus iustiae pax*.

A este pontífice le gustaba hablar la lengua de la Roma antigua, porque todos los conceptos jurídicos que usamos en Occidente proceden directamente de los romanos. Su sistema político ha servido de modelo al mundo occidental, la asunción y aplicación de sus conceptos y leyes ha marcado profundamente toda la historia de Occidente. ¿Cómo se hace entrar a los seres humanos en un marco en el que reine, en el sentido romano, la justicia?

Cuando se conversa con personas que evalúan los hechos desde una perspectiva externa y se toca el tema de las profundas diferencias que se dan entre una persona y otra, siendo así que proceden de la misma familia, a veces se escucha la opinión de que resulta incomprensible: han crecido en el mismo ambiente, con el mismo padre y con la misma madre, ¿cómo es posible que uno sea tan bueno y el otro tan malo, que uno sea tan virtuoso y el otro un desastre? Justo como *Caín y Abel*.

Y, en efecto, difícilmente encontraremos a una madre sobre la tierra que no albergue el deseo de dar a sus hijos un trato igualitario y justo. Ahora bien: ¿Puede alguien conseguir de verdad algo así? ¿Acaso puede ella en las distintas fases de su vida ser siempre esa persona idéntica a sí misma que debería ser con el fin de otorgar el mismo trato a todos sus hijos, que proceden de fragmentos bien diferentes de su biografía? ¿Es acaso posible reaccionar de la misma manera, “con justicia”, ante niños que son diferentes? ¡Quizás ni siquiera sea deseable! Como la justicia consiste en dar a cada cual lo que le corresponde, una madre, tanto más si es sensible, comprende perfectamente que cada uno de sus hijos requiere un trato diferente, precisamente porque cada niño tiene sus peculiaridades, particularidades consustanciales a su individualidad. Uno de sus hijos será temperamental y correteará alegremente por todas partes; lo que conviene es poner coto a su fogosidad, aunque solo sea para evitar que acabe siempre en el suelo o que se golpee con el canto de una mesa. El otro es más bien tímido, asustadizo, y necesita que lo estimulen. ¿No consiste pues aquí la justicia en dar un trato diferente a personas diferentes, precisamente para dar de verdad a cada uno “lo suyo”?

Ahora bien, ¿hasta dónde podemos llevar esta lógica? De un profesor, por ejemplo, se exige que gobierne su clase con justicia; para los pedagogos es un gran elogio que sus alumnos y colegas lo tengan por una persona justa, eso que en *El aula voladora* de Erich Kästner encarna Justus, el favorito de los niños en el compartimento del tren, el cual intenta introducir orden y justicia en las escaramuzas de sus traviesos alumnos. Un profesor es justo cuando su conducta no se basa en sus simpatías y antipatías, cuando no favorece o desfavorece a nadie atendiendo a sus propios gustos, cuando se rige exclusivamente por el rendimiento de sus alumnos y alumnas. ¿Tiene algo que ver con la justicia, sin embargo, hacer del rendimiento y la evaluación de resultados el criterio decisivo de la pedagogía? Un niño ha trabajado con ahínco, pero quizás no posea para determinadas materias las dotes del compañero que se sienta a su lado. El otro niño parece haber nacido para hacer operaciones aritméticas o articular frases, no le cuesta ningún esfuerzo. ¿Cómo compaginar la nota que el niño merece atendiendo a su rendimiento con la valoración personal, para que en la mente del niño surja algo similar a la justicia, para que la calificación asignada constituya un acicate y un estímulo en lugar de desaliento y frustración? ¿Qué es lo que debemos evaluar, la personalidad del niño o lo que produce desde un punto de vista objetivo? La evaluación de productos no tiene propiamente nada que ver con la “justicia”, para cumplir esta función existen baremos que explicitan criterios claros, o al menos debería haberlos. Eso es algo ajeno a la personalidad, y basta un mínimo de reflexión para reparar en algo curioso: que el solo hecho de que nos movamos en el contexto de una cla-

se que consta de veinte o treinta alumnos hace que la justicia comience a convertirse en algo abstracto. Lo que preponderantemente pasa entre nosotros por justo, por promotor de “justicia”, es prestar cada vez menos atención al individuo en su personalidad, en las circunstancias de su vida, en su peculiaridad, y calificar su lado externo, la imagen que de él nos transmite la evaluación de su rendimiento.

Un paso más por este camino y nos topamos asustados, quizás horrorizados, con la imagen de la diosa de la “justicia” tal y como ya la representaban los antiguos: en una mano sostiene una balanza, como el dios Zeus, pero mientras que la balanza del primero de los dioses olímpicos reparte sufrimiento y felicidad, gracia y desgracia, desventura y bienaventuranza entre los hombres, la de la diosa de la justicia debe juzgar la moralidad del hombre, solo que ella lo hace, debe hacerlo, cubriéndose los ojos con una venda con el fin de no ver al individuo. Para evitar cualquier forma de trato preferente, a la base de sus valoraciones debe haber única y exclusivamente acciones objetivas. ¿Pero puede hacerlo, debe hacerlo, es eso “justo”?

Ahí está el delito que alguien ha cometido, pero ¿cómo evaluar lo sucedido sin ver al autor del mismo? ¿Cuál era su intención? ¿Cuáles eran sus motivos? ¿Qué vivencias constituyen la condición previa de su conducta? ¿Qué le ha sucedido antes de comportarse así? ¿Qué aspecto de su personalidad se ha manifestado en su acción? ¿Es posible aislar el lado externo y objetivo de la conducta humana del sujeto que hay detrás de ella? ¿Es “justo” separar de esta manera la conducta de un hombre del conjunto de su vida? Ya los propios romanos, que creían tener que

actuar así para que se hiciera justicia, elevaron reparos contra este proceder. Algunos de sus filósofos, por ejemplo Cicerón, en el tratado que compuso sobre los *deberes*, afirma que la justicia suma, como tal, coincidía con la suma injusticia, con lo que quería decir: si nos limitamos a colocar una determinada vara de medir junto al lado externo de la existencia humana no podemos esperar que el resultado sea “la justicia”, y lo único que conseguiremos es que en el fondo todos se sientan injustamente tratados.

Lo que realmente necesitamos imperiosamente es algún medio para conseguir que la personalidad y peculiaridades de las personas nos fueran transparentes y poder así evaluarlas “justamente”. ¿Pero puede darse algo así en la sociedad humana? ¿No ocurre que la desigualdad, como en los tiempos de Caín y Abel, es el destino del hombre? ¿Puede alguien esperar seriamente que un tribunal objetivo emita un juicio objetivo sobre su vida, sus obras, sus intenciones y obligaciones?

Y con esto hemos llegado a la segunda aporía. Tendría que existir algo así –exigen todos los “ciudadanos” al Estado; al menos en el derecho penal tendría que poder mostrarse que la sociedad está firmemente justificada para castigar la contravención de sus normas y premiar su cumplimiento. La circunstancia de poder violar impunemente normas sociales revela que dichas normas ya no tienen vigencia. Pero cuando las normas de una sociedad no tienen vigencia la sociedad se hunde en el caos. La autoconservación de cualquier sociedad parece por ello exigir que dicha sociedad proteja sus normas mediante castigos y que establezca un sistema correlativo de premios que

recompense la buena conducta. Algunos psicólogos sociales están incluso firmemente convencidos de que, en lo relativo a premios y castigos, el comportamiento de una sociedad en relación a la conducta de los individuos lejos está de satisfacer una aspiración de “justicia”, se trata más bien de demostrar a la sociedad misma lo fuertes que son sus normas grupales y la inquebrantable consistencia de su validez. Según este punto de vista, los premios y los castigos no son más que reacciones de la sociedad ante las desviaciones, y la intención que las anima nada tiene que ver con hacer justicia al individuo particular.

Evidentemente, hasta hoy no ha habido sociedad en la que los hombres sean tan sabios como estos psicólogos sociales. Alguien hace algo mal, otra persona sufre las consecuencias, y entonces se pide y exige que repare lo que ha hecho. ¿Pero cómo puede reparar lo que se ha hecho en casos en los que no hay nada que reparar? Ocurre algo que ya no se puede subsanar: un asesinato, un homicidio por imprudencia, el maltrato de un niño... En un caso así, la total mayoría de las personas piensa que el autor del crimen tiene que ser castigado en proporción al daño que ha ocasionado. De aquí parte la ancestral *ius talionis*, la justicia como una forma disfrazada del deseo de venganza: lo mismo que tú a mí, yo a ti, ¡eso es la versión elemental de la justicia que se halla a la base de la justicia penal! Vemos que aún en nuestros días, sobre todo en los Estados Unidos de América – el país que más nos toca por la semejanza entre su estructura jurídica con la nuestra propia– pretenden que se puede llegar hasta la pena de muerte para conseguir que reine la justicia. Un joven de dieciocho años ha asesinado a alguien, con ello ha perdido el

derecho a seguir viviendo y ahora compete a la sociedad decidir qué se hace con él. Él ya no tiene ningún derecho –dice el que reclama “justicia”–, por lo que ahora la sociedad puede hacer con él lo que le parezca, puede mantenerlo con vida si estima que va a ser de utilidad, y puede condenarlo a muerte si eso es lo que le parece adecuado. Él mismo, el individuo, en virtud de la injusticia cometida, se ha convertido en un sujeto sin derechos.

El *idealismo alemán* fue aún más lejos. Immanuel Kant, por ejemplo, opinaba que ejecutar la pena de muerte en respuesta a delitos graves constituía una exigencia de la justicia objetiva misma. En su opinión, un Estado que fuera a disolverse esa misma tarde estaría obligado a ejecutar por la mañana todas las sentencias que hubieran sido emitidas en nombre de la justicia. Este punto de vista constituye el más claro contrapunto a la justificación de la administración de penas que ofrecen los psicólogos sociales de los que hemos hablado antes.

La psicología social opina que premio y castigo están en función de la autoconservación del grupo; Kant, el filósofo moral, veía en ellos una manifestación de la justicia misma, de ahí que tomara la jurisprudencia por una institución digna del máximo respeto. Hegel, siguiendo la misma línea, avanzó aún un paso más. Para él la razón era una dialéctica: lo dado es el derecho; la injusticia choca contra él, por lo que el derecho exige ser restaurado frente a la injusticia, y de ahí surge el castigo, que es algo así como el resultado de una dinámica de las leyes, una tríada dialéctica compuesta de derecho, injusticia y restauración del derecho, una síntesis lógica de derecho e

injusticia, una inexorable consecuencia lógica. La justicia se toma aquí por algo perfectamente comprensible –¡esta es la opinión que nos merecía el asunto hace tan solo doscientos años!

Entretanto sabemos que las reflexiones de esa naturaleza se basan en abstracciones. En semejante “jurisprudencia”, la “justicia” se aplica a la conducta del individuo particular; el que sin embargo es juzgado, incluso llegado el caso ejecutado, es el individuo, el autor del delito, como persona. Pero como decíamos, no es posible separar la acción de su autor para después ponerla bajo una lupa y evaluar lo que significa, determinar qué parágrafos son de aplicación en este caso y desde qué tradición legal debe ser interpretada. Lo que tenemos delante es un ser humano. Y los seres humanos dependen los unos de los otros. ¿Cómo se ha convertido alguien en lo que es? ¿Cómo ha llegado a hacer cosas buenas, cómo ha llegado a hacer cosas malas? Este planteamiento se aleja considerablemente tanto de la filosofía moral como de la jurisprudencia. Y es natural que se aleje, pues una justicia mucho más profunda habría de comenzar por preguntar: ¿quién eres tú como persona? ¿Cómo has vivido? ¿Cómo has tenido que vivir? ¿Cómo se han desarrollado tus sentimientos? ¿Has podido saber en lo más profundo de ti qué es bueno y qué malo? ¿No en el sentido de que no te hayan enseñado determinados conceptos, si no en el de hasta qué punto eran válidos para tu sensibilidad?

En los años veinte del pasado siglo, el filósofo alemán Max Scheler afirmó que los valores no descansan en deducciones abstractas, sino que tienen que ser *sentidos*. ¿Pero cómo podría percibirlos un ser

humano encerrado afectivamente en un mundo en el que no ha tenido ni la menor oportunidad para sentir valores, si está ciego para ellos a consecuencia de la insensibilidad del entorno en el que ha crecido? ¿Puede esperarse que semejante persona sepa cómo poner orden en sí misma?

¡Se puede decir aún más claramente! Para acabar por desarticular la seguridad moral en la evaluación de la conducta humana: la psicología animal ha mostrado, por ejemplo, que las crías de gibón solo pueden aprender durante un determinado periodo de su crecimiento qué significa enseñar los dientes a un congénere, esto es, una señal de amenaza; no le es posible aprenderlo sino en esa concreta fase de su vida. Si en su momento no aprende qué significa enseñar los dientes, más adelante será incapaz de interpretarlo correctamente. Ello, evidentemente, le pone en situación de clara desvenjata, cometerá muchos errores, y será castigado por ello, pero no puede comprender, nunca comprenderá, por qué lo castigan y qué es lo que ha hecho mal. Lógicamente, se pondrá a la defensiva, y por ello mismo, a los ojos de los demás, se hará culpable de cometer injusticias cada vez mayores. Debido a la carencia de un único contenido de aprendizaje en sus días de infancia pronto entrará por el mal camino. Y si las cosas funcionan así ya solo tratándose de una cría de gibón, ¿no podría ocurrir algo semejante en el caso de los seres humanos? Una pequeña deficiencia formativa en el momento oportuno, el enturbiamiento del campo visual moral en un momento dado, la confusión que anida ya en la figura de sus padres, las contradicciones en que se haya sumida su madre o su padre, o las que reinen en la relación entre sus padres: todo

esto y muchas cosas más pueden enredar hasta tal punto la red de vivencias que tiene el niño de lo que es justo e injusto que ya no comprenda lo que significa bueno y malo.

Condenamos a un hombre como Adolf Hitler, un ejemplo de maldad sin fisuras, pero cuando vemos cómo fue educado ya desde su infancia para no creer en la justicia sino en la violencia, debemos preguntarnos: ¿Qué esperar de un adulto que ha sido educado así? ¿Y no es su caso el de muchos? Lo que percibes como tu derecho no es lo que vas a recibir, sino lo que disponga el poder más fuerte, eso es lo que inculcaron a Adolf Hitler cuando era un niño. El derecho, esa era su experiencia, emana de las decisiones que tome el poder. Son los poderosos los que determinan qué es justo, explicaba por la misma época, los años 30, Carl Schmidt, hoy en día existen aún “camarillas” en las universidades que siguen su “doctrina” jurídica. Según ella, la justicia no existe en el cielo de las ideas, lo único que existe es un conjunto de decisiones, las que toman los fuertes para someter a los débiles. La justicia no es más que la forma objetiva de la estructura de poder que resulta de una serie de avatares históricos. ¿Cómo va a vivir un ser humano al que se le ha quitado la esperanza de que exista, de que pueda existir algo así como exigencias legítimas entre los hombres?

Y lo más grave, sin duda alguna, son los problemas asociados a la pregunta de quién se cree autorizado a aplicar justicia. Para Immanuel Kant no eran en realidad los hombres los que administraban y ejecutaban la justicia, sino que la justicia se realizaba en cierta manera al margen de las personas y por sí

misma. La filosofía del idealismo alemán veía a los seres humanos como ángeles en el cielo, portadores de órdenes divinas de valor absoluto. ¡Cuánto desprecio de la experiencia humana se articula en esta línea de pensamiento! ¡Cuán injusta es por ello con la condición y la realidad humana!

Demos un paso más y preguntémonos cómo se puede adaptar el elevado concepto de justicia al campo de la historia. Hablamos de los derechos del individuo, pero enseguida reparamos en que el único modo de reorientar el curso de la historia hacia la paz y la armonía consiste en que fueran grupos enteros en la familia de los pueblos, pueblos enteros en la familia de los Estados, los que anunciaran e hicieran valer sus derechos. Existen *derechos humanos*, pero también el *derecho de los pueblos*, y sabemos que estos conceptos tendrían que trabajar por mejorar la historia del hombre. Es un derecho humano, por ejemplo, la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Entre los hombres, y por el mero hecho de ser hombres, no debería existir ninguna discriminación sexista. Hoy en día, al menos en Europa, entendemos que esto es lo que exige la justicia. Puede que los hombres y las mujeres sean distintos en lo que se refiere a su constitución física o a su temperamento, pero como seres humanos tienen los mismos derechos. ¡Cuánto tiene que avanzar ya tan solo en este punto nuestra sociedad, así como muchas religiones y culturas! Ahora: ¿se pueden regular así sin más “los derechos del hombre” entre la mujer y el varón sin ser injustos con la vida de las personas de carne y hueso?

Derechos humanos quiere decir que el color de la piel de una persona es irrelevante. Acorde con los

ideales actualmente vigentes en Europa, las desigualdades racistas se consideran reprobables. Todos sabemos, sin embargo, que la realidad se aleja enormemente del ideal. En los Estados sureños de los Estados Unidos de América, por ejemplo, ser un hombre de color, un “negro”, aún hoy es sinónimo de inferioridad y subordinación.

Derechos humanos quiere decir que debería dar igual que una persona haya nacido en el norte o en el sur de la tierra. ¿Existe acaso semejante igualdad? Para dos terceras partes de la humanidad, haber nacido en el sur implica vivir en la miseria y morir de hambre, y para los que han vivido en el norte, ser portador preferente de toda clase de “títulos legales”.

Derechos humanos significa que todos deberían tener el mismo acceso a los recursos educativos, que a toda persona debería dársele una oportunidad real de desarrollarse como persona. ¿Pero cómo hacer posible algo así a escala mundial cuando los seres humanos, antes y ahora, se hallan tan alejados histórica y culturalmente los unos de los otros?

Por no hablar del *derecho de los pueblos*. La ONU garantiza el derecho de los pueblos de decidir por sí mismos lo que les concierne. ¿Qué queda de semejantes declamaciones en nuestra realidad política plagada de actuaciones sangrientas y cínicas? La autodeterminación de los pueblos, la *justicia*: he aquí los ideales que *perseguiamos*, que supuestamente deberían gobernar la historia. Siempre que se envía soldados a la guerra, su misión es luchar por “la justicia” –ningún hombre sacrifica su vida por el petróleo, o por bauxita, o por cualquier otra materia prima. Para que un hombre ponga su vida en riesgo,

debe de tratarse de algo realmente importante, de grandes metas. Cuando Abraham Lincoln llamó a la guerra civil contra los Estados del sur no podía decir: “Lo que nos importa es que los Estados Unidos de América sigan constituyendo una unidad, se trata de que reine la uniformidad entre los Estados de la Federación”. Tuvo que declarar: “Es necesario liberar a los negros, tenemos una misión humana que cumplir, luchamos por la libertad y por la igualdad de derechos en el sur”. No se luchaba por eso, por descontento, pero para que los seres humanos guerreen necesitan creer que lo hacen por altos ideales, y la justicia es el concepto que a más abusos se presta, el ideal guerrero más seductor.

¿No deberíamos renunciar por completo al esfuerzo de seguir creyendo en la justicia, de seguir esperando que se realice a la vista de tantas y tantas dificultades? Aún suponiendo que en esta sociedad nuestra, en la historia de la humanidad, fuéramos capaces de hacer que reinara la justicia, o al menos de establecer estados de cosas limitadamente justos, ¿no seguiría teniendo razón Immanuel Kant al señalar que ya solo las adversidades del destino en el orden natural afectan injustamente a los hombres? Para Immanuel Kant el orden natural y el orden moral se eran tan extraños el uno al otro que para armonizarlos creyó tener que postular la existencia de Dios, como creador y fundamento de la unidad de *ambos* órdenes, como punto de intersección en el infinito de líneas paralelas, como esperanza para este mundo, pero también como razón para seguir creyendo en el carácter concluso del ser humano y de su historia. Aunque no alcancemos la justicia, no ahora, no aquí, podemos seguir trabajando por la justicia y encami-

narnos hacia ella: nos cabe al menos albergar la esperanza de que nos movemos hacia ella, en lugar de tomar directamente el camino opuesto; por lo menos, pensaba él, sabemos lo que es la justicia.

Llegados al punto de tener que postular a Dios para seguir teniendo a la justicia por algo posible, quizás convenga introducir una pequeña pausa para la reflexión mediante una breve historia de los hermanos Grimm.

Todos conocemos el cuento llamado *Madre Nieves* (*Frau Holle*)¹, que ya solo por el nombre asociamos a la diosa germánica que administraba de justicia en los pleitos. Según las tradiciones germánicas, la diosa, oculta en las entrañas de la tierra, extendía sus manos sobre los hombres para repartir premios y castigos. El cuento de los hermanos Grimm, sin embargo, habla de dos muchachas a las que, siguiendo a Ludwig Bechstein, podemos llamar María-Oro y María-Brea. La primera es bella y trabajadora, pero su madrastra es injusta y malvada con ella; la otra, en cambio, es fea y perezosa, pero, sin merecerlo, recibe todo lo que se pueda desear. La madrastra obliga a la desesperada María-Oro a recuperar el huso que se le ha escurrido de entre las manos, ensangrentadas por el exceso de trabajo, en el fondo de un pozo, y a él se arroja afrontando la muerte. Hasta aquí podemos leer el texto como una parábola de todo lo que hemos visto: el ser humano comienza confiando en que la vida puede ser justa; ocurre, sin embargo, que las injusticias del mundo se ceban con los mejores, hasta el punto de que se ven obligados a desechar la esperanza en un reparto justo de premios

1. Literalmente: “Señora Hulde”.

y castigos. Semejantes personas están como muertas para el mundo. La enseñanza que de ello pueden extraer se asemeja a una inversión del “orden” del mundo, a un redescubrimiento de la justicia real. La lección reza: “tanto tiempo como hagas las cosas bien con la esperanza de obtener reconocimiento, el peligro que corres de ser decepcionado es tan grande que apenas tiene sentido que te decidas a hacer lo correcto”. María-Oro sabe que esto es así y desespera del orden del mundo. Pero el relato continúa, la niña “despierta” en una pradera y los objetos comienzan a hablarle: un manzano, un horno, y todos le piden que haga ciertas cosas por ellos. ¿Es posible que un ser humano experimente semejante “despertar”, el comienzo de una forma de vida *allende* la justicia (entendida como reparto de premios y castigos)? ¿Es posible que aprenda a hacer cosas buenas sencillamente porque eso es lo correcto? Puede que entonces comenzara a percibir el mudo lamento de las cosas, de los animales, de las personas, y que le saliera de dentro hacer lo deba de hacerse en cada caso. Si semejante conducta está asociada a un premio, lo lleva *en sí misma*. La justicia entonces no se administraría desde fuera, sino que sería el resultado de una nueva actitud en relación a uno mismo y al mundo que nos rodea. El cuento nos habla del progreso de la niña a lo largo de las estaciones, pero de lo que de verdad está hablando es de un proceso de maduración interior a consecuencia de su encuentro con *María Nieves*: la “recompensa” que recibe *María-Oro* consiste en la confirmación de lo que es: oro, vale tanto como el oro, y eso es lo que se pone de manifiesto en el portal de *María Nieves*. Puede que los demás se den cuenta de ello más adelante, pero no es

necesariamente así, ha dejado de ser esencial, ya no se trata de eso. Así entendida, la antigua imagen de la *señora Hulde* encarna y simboliza una justicia que ha dejado de cumplirse desde fuera, sino que se cumple enteramente desde dentro.

Puede que con estas reflexiones hayamos acertado a formular las premisas desde las que comprender lo que Jesús quería decir en el Nuevo Testamento. Posiblemente él nunca reflexionó seriamente sobre el concepto de justicia que barajó la filosofía greco-romana, pero él veía a su alrededor personas que sufrían, y lo que sentía al contemplarlas fue convirtiéndose progresivamente en parte de su propia vida. El *contraste* con el modo filosófico de fundamentar la justicia que marca la postura que adoptó el hombre de Nazareth difícilmente podría ser más acusado.

En la teología moral “cristiana” nos hemos acostumbrado a apropiarnos sin más ni más de la filosofía de los griegos y los romanos, de *su* idea de “justicia”, y rara vez se nos explica la radical oposición a todos esos conceptos en la que se haya la actitud de Jesús. No puede expresarse de otra manera: ¡Jesús volvió el concepto de justicia del revés!

En realidad cabe decir que Jesús, como judío, no tenía en absoluto el concepto de *justicia* en sentido romano. La palabra hebrea que traducimos con el vocablo “justicia” quedaría mejor vertida en la expresión “conducta justa a los ojos de Dios”, o “vida justa a los ojos de Dios”. Un *zaddiq* es tanto como un “santo”; no un hombre “justo” en el sentido formal que le dan los moralistas, sino una persona que *vive correctamente ante Dios*. ¿Pero qué significa eso? Es esta pregunta la que que sumergió al hombre de Nazareth

en sus pensamientos, y la conclusión a la que llegó fue terrible: está la ley de Moisés, están las enseñanzas de los rabinos; todas ellas ven en Dios a un *juez justo* que distingue perfectamente lo negro de lo blanco, que practica un corte limpio entre los que observan y los que contravienen la ley. Lo que Jesús descubre es que un ser humano nunca llegará a nada con semejante departamentación. Tanto tiempo como crea en la existencia de un Dios que administra “justicia” entre los hombres se sentirá incapaz de lidiar con ese Dios. No es posible decir: “Aquí me tienes, Señor, he hecho todas estas cosas buenas, y ahora estás obligado a recompensarme con arreglo a la justicia que tú has promulgado”.

De hecho Jesús esbozó en una ocasión una caricatura semejante en una parábola, la historia del *fari-seo* y del *publicano*.

Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡Oh, Dios!”. Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias”. En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador! Os digo que este bajó a su casa y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado”.

(Lucas 18, 10-14)

Es inaudito que la opinión que a Jesús le merece la actitud del fariseo, del hombre superpiadoso, sea que es absolutamente inaceptable a los ojos de Dios. ¡No está justificado, no está autorizado, el modo en que se engaña a sí mismo es grotesco! Y ahí está ese otro hombre que, en efecto, con arreglo a la justicia, todo lo hace mal y sabe, además, que así es. Este hombre solo se siente autorizado a decir: “¡Señor, apiádate de mí!”. En opinión de Jesús, el publicano está “justificado” ante Dios, ha comprendido qué es lo importante para Dios.

“Y al orar”, dirá Jesús (Mateo 6, 7) “no charléis mucho como los ‘gentiles’”, como los hombres que no conocen a Dios. Mejor decid: “perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a los deudores”.

(Mateo 6, 12)

¿Es esto “justicia”? ¡De ningún modo! ¡Es el principio de un redescubrimiento, de una nueva justificación de la vida toda! La nueva perspectiva que aquí se arroja sobre los seres humanos es un precipitado del evidente sufrimiento que causaba al hombre de Nazareth ver cómo la instrumentalización del concepto de “derecho” y “justicia” arrollaba incesantemente a los pobres. Están los ricos, los que *son* alguien, los que *tienen* algo, y por ello disponen también de títulos, con lo que tienen razón, y derechos “legítimamente adquiridos” que tienen que defender. Los pobres, sin embargo, no tienen nada; por ello mismo, tampoco tienen razón. Ya solo esta división de las personas, entretejida con conceptos legales por mediación de la propiedad, es para Jesús sencillamente inhumana, se

fundamente ideológicamente como se fundamente. De ello se sigue que la “justicia” tiene que dejar de ser una forma de que el egoísmo de unos se imponga sobre los demás recurriendo a medios morales. Lo que Jesús entiende por justicia, en sentido hebreo, se puede formular como sigue: “Ya no se trata de demostrar que tienes los derechos legalmente adquiridos que crees tener, solo se trata de averiguar lo que otra persona, en su penuria, necesita para vivir; ¡y luego mira a tu alrededor y dime si hay alguien que en cierta manera no esté en la penuria! ¿Qué es lo que necesitan los hombres si los conocieras de verdad?”.

Vida recta a los ojos de Dios: para Jesús esto significa que nuestra existencia toda se debe a la compasión que se cierne sobre todos nosotros, al perdón incondicional de nuestros errores y faltas. A los ojos de Jesús, no es posible pensar como lo hacen los sacerdotes en el templo: “Hemos pecado, pero ahora vamos a ofrecer un sacrificio para aplacar la voluntad de justicia de Dios matando a un animal y expiando nuestras malas acciones con su carne y su sangre; así Dios será comprensivo con nosotros”. Es este un pensamiento dominado por la superstición de que podemos *hacer* algo para mejorar nuestra posición a los ojos de Dios. Pero según el mensaje de Jesús la verdad reza: estamos enteramente en manos de Dios, porque si de verdad él fuera el Justo, si de verdad fuera el Implacable, tendría que castigarnos de un modo que no encontraría fin.

Y entonces Jesús nos ve de repente a todos entrelazados, formando una red, ¡no es posible utilizar a Dios para separar a los hombres por el criterio del bien y del mal!

Si prolongáramos esta convicción fundamental de Jesús a lo largo de los dos mil años que nos separan de él hasta nuestros días, y nos atreviéramos a proyectarla hacia el futuro, veinte años, doscientos años, ¿no sería muy posible que contempláramos asustados y horrorizados todo lo que hoy en día llamamos *justicia* o comprendemos como la obra de la justicia? Esa de ahí es una persona “mala”, y por lo tanto la juzgamos. Hace tan solo 250 años probablemente habríamos afirmado que el Mal mismo, el *diablo*, se le había metido dentro, que es una bruja, que está poseída, y para enfrentarnos a Satanás, que ha hecho presa de ella, tendríamos que destruirla psicológicamente, con el fin de extirpar ese cáncer de la Iglesia y de la sociedad. ¿No podría ocurrir que nuestro actual discurso sobre el bien y el mal no fuera más que una versión secularizada, enmascarada, pero igualmente supersticiosa y metafísica, del antiguo miedo a los demonios, de las cazas de brujas, un discurso completamente ajeno a la captación empática de las circunstancias reales en las que viven los hombres? Es más que probable que en las próximas décadas, tras 150 años de rigurosos estudios en torno a la mente humana, sepamos mucho más sobre lo que ocurre en nuestra red neuronal, sobre las conexiones que tienen lugar en nuestras cabezas. Supongamos que los psicoanalistas, los neurólogos y los psicólogos de la conducta llegaran a un acuerdo y ofrecieran un modelo unitario de nuestra psique, ¿estaríamos por ello en situación de decir: “este hombre ha hecho eso *libremente*, de verdad quería hacer algo malo?”. ¿Es acaso concebible que un hombre haga algo “malo” *libremente*? ¿Qué haga sufrir a otras personas sin ser él mismo un ser que sufre? Incluso supongamos que

la perspectiva objetiva de las ciencias naturales y la hermenéutica de las ciencias del espíritu llegaran a converger, de modo que pudiéramos ver al hombre tanto por fuera como por dentro, ¿podría entonces seguir habiendo jueces? ¿No sabríamos al final exactamente lo mismo que ya sabía Jesús hace 2.000 años, a saber, que cuando la personas se han alejado del coro o del rebaño de los hombres solo necesitan *comprensión* incondicional? Y la pregunta sobre cómo llegar hasta ellos es la pregunta por lo que “corresponde a cada uno”, por la “justicia”.

Esta nueva forma de justicia es válida incluso en relación al *dinero*. La parábola del evangelio de Mateo en la que Jesús habla del *propietario de una viña* (ver página 72) es perfectamente verosímil desde un punto de vista histórico en lo que toca a su desarrollo exterior. El propietario de una viña no puede permitir que se sequen sus sarmientos bajo el sol del verano, por lo que necesita emplear a muchos recolectores en un breve período de tiempo. Se calcula que en los tiempos de Jesús había en Galilea un gran número de parados que se ofrecían para ser contratados como jornaleros por un día. La parábola se desarrolla en este contexto social.

El hacendado sale una vez, tres, cuatro veces, para contratar en la plaza a tantos trabajadores como pueda contratar. Hay que recoger los sarmientos, a poder ser hoy mismo: al fin y al cabo, no quiere recolectar pasas sino producir vino, y para ello necesita trabajadores, ahora, no dentro de tres días o de una semana. Hasta ese momento el desarrollo de la acción es perfectamente verosímil. Para Jesús los elementos latifundistas que aparecen en el relato no representan

ningún problema, no se trata de una cuestión social. Lo importante para él es la posición que el hombre ocupa ante Dios. ¿Qué *derecho* tenemos a decir: “Estas son nuestras obras, ahora esperamos nuestra recompensa”? ¿Cómo se relaciona Dios con nosotros?

Las buenas personas, los hombres piadosos, los que observan la ley, se plantarán delante de Dios y dirán: “Nos hemos esforzado toda la vida, y lo que ahora esperamos de ti es que nos des algo así como un trato preferente”. Hay una gradación según los méritos, y precisamente porque Dios es justo, estas diferencias deben prolongarse hasta la eternidad. Esta lógica es un completo despropósito, una enorme equivocación. Con arreglo a la parábola, lo que realmente necesitamos es una respuesta al sentimiento de que, de algún modo, siempre llegamos demasiado tarde.

¿Cuándo llega alguien a la claridad sobre lo que realmente es, sobre lo que podría haber sido, sobre cómo habría debido comportarse? ¿Cuándo se da cuenta de todo esto? Y si se da cuenta ahora y obra en consecuencia, ¿qué es lo que “merece”?

Lo importante en la parábola de Jesús es que el propietario de la viña, contento por haber recogido la cosecha del día, es más generoso de lo que hubiera cabido esperar según las tarifas convenidas. Más exactamente: con los trabajadores que contrató a las cinco ni siquiera convino una tarifa. Ateniéndose al criterio de la justicia, habrían bastado unos pocos céntimos; ahora bien: con esos pocos céntimos, ningún trabajador habría podido comprarse ni una hogaza de pan en el bazar, el pan que necesita para alimentar a su familia, junto a un par de pepinos o

un melón. Pero con un dracma (30 céntimos) sí puede comprar todo esto. El propietario de la viña, al término de la jornada, no da a la gente lo que “merece”, sino lo que *necesitan*.

¡Así es Dios! ¡Eso es lo que Jesús quiere decir! Y si *él* es así, ¿no deberíamos *nosotros* también adoptar esta actitud? Una *conducta recta a los ojos de Dios*; ¡eso implicaría suprimir el concepto de la virtud de la justicia! ¡No es válido a los ojos de Dios! Y en lo que toca a la vida entre los hombres, solo sirve para extrañarnos, para conducirnos a la locura y el absurdo ¡de declarar “guerras justas”! Si nos atreviéramos a mirar a los otros a los ojos y nos preguntáramos qué necesitan realmente, qué es lo que les puede ayudar a superar su miseria, enseguida nos daríamos cuenta de lo que significa “una conducta recta a los ojos de Dios”.

La única dificultad que hallaríamos en esto radica en que existen muchas personas a las que, aparentemente, todo les va de maravilla. No se sienten como los jornaleros que han sido empleados a las cinco de la tarde, o como el publicano que se coloca al fondo del templo. Piensan que se sostienen firmemente sobre la tierra, son “personalidades de hierro”, como gustaba de llamarlos Dostoievski, criaturas de conducta irreprochable, ciudadanos decentes, ¡estos individuos “merecen” que todo les vaya bien! Se han construido una mansión, por ejemplo, y les ha costado un montón de dinero. Si de repente llega alguien a armar jaleo a su casa, o incluso intenta quitársela –a los comunistas, por ejemplo, siempre se les ocurren semejantes ideas–, ahí están los guardaespaldas y las vallas electrificadas delante de su mansión, o guardias de seguridad a los que uno tiene que pagar. El

que tiene propiedades debe conservarlas y multiplicarlas, ese es su deber, así es la “justicia”, tiene derecho a ello. ¿Cómo lidiar con las personas que defienden obstinadamente esta “justicia”?

En la introducción al Sermón de la Montaña, Jesús llegó a decir: “Bienaventurados los pobres de espíritu”, y después añadió: “porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5, 3.7). Solo ellos son capaces de vivir la misericordia, pues han sentido alguna vez lo pobres que son, y lo mucho que necesitan.

Jesús dijo: “Bienaventurados los que lloran”, ellos saben que solo se puede vivir en paz, “bienaventurados los que trabajan por la paz” (Mateo 5, 5.9). Los demás continuarán entablando “guerras justas”.

Semejante pensamiento no pretende, claro está, que nos precipitemos en la pobreza o en la miseria, pero nos hace falta mucho autoconocimiento para saber que nos dejamos llevar por las apariencias cuando pensamos que “ir las cosas bien a alguien” viene a ser lo mismo que ser bueno. Lo que el hombre necesita, pensaba Jesús, es una bondad que no mira los méritos; lo que le da la vida es el perdón incondicionado, y lo que nos yergue es la *renuncia* a la “justicia”.

Y en opinión de Jesús esto es igualmente válido en relación a asuntos económicos. “Jesús decía ‘perdónanos nuestros pecados’ –me explicaba un hombre de finanzas–. Pero no decía: ‘perdónanos nuestras deudas’. ¡Hay una gran diferencia!”. ¡Pero para Jesús es una y la misma cosa, completamente la misma! “¿Cómo puedes creer seriamente –pensaba Jesús– que cuando prestas dinero estás autorizado a sacar partido de la necesidad? Tú tienes dinero, el otro no,

¿y generas una situación en la que al final tú tienes aún más dinero? ¡Esto es inaudito!”.

Según los principios de la ética económica negociar con el dinero es perfectamente válido, según la idea que Jesús tenía de la humanidad, semejantes negocios son una monstruosidad. ¿Y acaso no tenía razón?

Hoy en día algunos científicos sociales creen que si el pueblo judío, a diferencia de asirios, persas, griegos, romanos y otros grandes Estados, ha sobrevivido, es gracias a que poseía, al menos como ideal, algo semejante a un “año de condonación” cada siete años (Éxodo 21, 2-6; Deuteronomio 15, 1-3), razón por la cual las Iglesias pusieron en marcha en el año 2000 el proyecto de que se condonara a los países en vías de desarrollo los intereses generados por antiguas deudas, incluso de que se les rebajara considerablemente la suma adeudada. ¡Completamente imposible! –aseguró, cómo no, el Banco Mundial. Pero si, como opinan algunos economistas, el pueblo de Israel sobrevivió por la supresión absoluta, cada siete años, de todas las deudas, ¿qué se puede objetar a la propuesta? La rebaja cada siete años de la deuda evitaba la fractura del cuerpo social, las espirales de intereses por las que los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres y que restaban estabilidad a la vida social. Jesús se educó en la religión mosaica, que prohíbe cobrar intereses. Lo que le distingue de ella es únicamente la radicalidad de sus principios: Jesús no quiere que se espere siete años para rebajar la deuda y que, mientras tanto, se extenúe y haga trabajar como esclavos a los demás. Jesús pretendía que todo se obrara inmediatamente, sin demora. El perdón no admite demora, a los ojos

de Dios no hay aplazamiento que valga. *Perdónanos nuestras deudas* se aplica al terreno económico, humano, moral, ¡a todos los campos!

Y ahora queda abierta la pregunta, claro, de cómo podemos describir la vida humana si no podemos *juzgar* a las persona, si no podemos administrar “justicia” de esta manera.

Hermann Hesse ofreció la más breve y bella respuesta a esta pregunta: “La vida humana consiste en transitar de la inocencia a la culpa, y de la culpa a la desesperación, y de la desesperación, o bien a la decadencia, o bien a la salvación”. La “salvación” no consiste en el regreso a una inocencia premoral, es un rebasamiento de la desesperación.

Eso exactamente es lo que pensaba Jesús. No se trata de disolver cualquier tipo de orden, se trata de subvertir cualquier orden, se trata de derretirlo en un grado de calor existencial hasta ahora nunca alcanzado, de hacerlo fluido, de convertirlo en una corriente.

Y ahora quizás podamos formularnos una última pregunta: ¿qué ocurre entonces con la creencia kantiana de que hay que “postular” a Dios como instancia suprema que reconcilia todos los órdenes, la realización de la suma “justicia”? El escándalo del cristianismo consiste en haber fusionado su “moral” con Dios, y en haber asociado los conceptos de bien y mal con la idea de una recompensa infinita y un castigo infinito, con el cielo y el infierno. Recordemos las imágenes de las catedrales medievales: cortejos de ángeles, desfiles de demonios, miedo, miedo incesante, permanente; ¿qué lugar ocuparé cuando llegue la hora de mi muerte? –se preguntaban angustiados durante toda su vida. En relación a esta pregunta, pero en su ver-

sión secularizada, quizás convenga citar al existencialista francés Jean-Paul Sartre. Sartre opinaba que cada cual es juez de sí mismo a lo largo de su vida; toda conciencia existe para sí y está capacitada para ello; con la muerte te transformas en un mero ser en sí, en un simple objeto. Entonces los demás se reúnen en torno a tu tumba, hablan y juzgan cómo ha sido tu vida. Los charlatanes, claro, siempre saben perfectamente quién has sido, lo que habrías debido hacer, qué valor ha tenido tu existencia. Si aún te quedara un aliento de vida podrías rebatir lo que dicen. Pero la muerte consiste precisamente en que tu vida encuentra su fin en el momento en que no habría debido de terminar. La muerte siempre nos deja a expensas del juicio de los demás, es la mayor de las injusticias.

Si el *cristianismo* tiene algún sentido hay que pensar que el modo que Dios tiene de ver al ser humano consiste precisamente en devolver al hombre a sí mismo, a su condición de sujeto, de ser para sí. Pero esto solo es posible si lo que Jesús creía es verdad: que Dios es *puro amor*. El modo más riguroso de “juzgarse” a uno mismo es colocarse frente a una persona que nos ama, alguien que solo espera de nosotros que seamos nosotros mismos. Si lo hacemos, nuestras desviaciones, nuestras excusas, mentiras y mezquindades en seguida nos resultan insoportables. Pronto nos percatamos de que a menudo hemos sido injustos con nosotros mismos llevados por el miedo, sencillamente, y ello nos duele amargamente: ¡no era nuestra intención ser así! ¡Nunca quisimos ser así! Cuando maduramos en la confianza de que el otro nos ama, nuestro verdadero ser crece y arrastra a su paso todo lo que nos desfiguraba. El único modo que Dios tiene de “juzgarnos” es hacer que estemos a la altura de

nosotros mismos, y “condenarnos” a ser aquello para lo que nos ha creado. Podemos llamar a este proceso de maduración *purgatorio*, como enseña la Iglesia católica. En el purgatorio, afirman, las “almas en pena” saben que irán al cielo, pero aún no se encuentran en él. Aún *penan* por lo que han hecho, pero precisamente porque se les ha asegurado el cielo.

Interpretando simbólicamente estos conceptos mitológicos de la dogmática podríamos decir: no hay nada tan doloroso como darse cuenta de lo innecesarios que eran todos los miedos y errores que en el momento en que éramos presa de ellos nos parecían inevitables. De repente descubrimos una *libertad* que hasta entonces nos era completamente desconocida, e incluso es posible que cuanto mejor nos comprendamos, cuanto más coincidamos con nosotros mismos, tanto más se desarrolle nuestra capacidad de comprender a los demás. Al final, el *cielo* consiste en la unión solidaria de todos los hombres en la felicidad, una unión que originalmente solo se nos da como el conocimiento de lo profundamente necesitados que todos estamos, del estado de carencia y privación en el que todos nos encontramos. En el fondo, la bienaventuranza consiste en sentir que, al fin y al cabo, nos las tenemos con hombres, nada más que con hombres, que intentan vivir, cada cual a su manera, con sus miedos y sus pesares, con sus dependencias y carencias. Todos estaban *de camino*, pero ahora nos reencontramos, y la muerte ya no puede separarnos. Así es el *cielo*, así es Dios, así juzga Dios, esa es su “justicia” –piensa Jesús.

Quizás este cuentecillo indio pueda ayudarnos a aclarar en clave de humor lo que se pone en marcha cuando

comenzamos a introducir “títulos legales” al relacionarnos con nosotros mismos y con los demás hombres:

Había una vez un asceta indio que acudió a una buena escuela y aprendió lo poco que necesita el que lleva la humilde vida de los monjes. Tras terminar su formación, regresó al mundo. Pasado un tiempo advirtió que por la noche, mientras dormía, los ratones se comían su taparrabos. Para conservar su taparrabos, mendigó un gato que ahuyentara a los ratones. Pero el gato necesitaba leche, así que mendigó leche para el gato que expulsaba a los ratones que se comían su taparrabos. Con todo, resultaba demasiado fatigoso mendigar a diario leche para el gato. El asceta cayó en la cuenta de que sería mucho más ventajoso mendigar una vaca que le diera la leche que necesitaba para alimentar al gato que asustaba a los ratones que roían su taparrabos. Pero como las vacas necesitan mucho alimento, también tendría que mendigarlo. Era más práctico mendigar una pradera para que pastara la vaca que daría la leche que necesitaba el gato que espantaba a los ratones que se comían su taparrabos. Después necesitó gente que cuidara de su pradera, y comida y alojamiento para las personas que trabajaban en ella. También necesitó hombres que mantuvieran el orden en la casa en la que trabajaban las personas que cuidaban la pradera... Así pasó el tiempo. Un día su maestro decidió hacerle una visita, y lo que vio lo dejó boquiabierto. “¿Pero cómo has hecho esto con tu vida?”, dijo. “Maestro”, le explicó el discípulo, “no te lo vas a creer: este es el único modo que había de conservar mi taparrabos”.

Las obras de la “justicia” en sentido romano y occidental son siempre de esta clase.

SÉPTIMA SENDA

SOBRE LA FUNESTA TRABAZÓN DE DIOS Y EL DINERO

Para conocer los orígenes del servicio sacrificial, pocas historias resultan tan reveladoras psicológicamente como la de *Caín y Abel*. Este relato nos habla de personas que hacen cuanto está en su mano para agradar a Dios, pero con miedo; hacen las cosas lo mejor que saben, pero en su interior anida una contradicción, y lo más grave: compiten el uno con el otro por expiar el “pecado original” de su existencia. Cuando cada uno hace lo mismo con la misma meta bajo la presión de la competencia, ocurre como en el mercado: solo el que tiene la mejor oferta alcanza el éxito, y es necesario desplazar a cualquiera que amenaza tener más éxito que nosotros. En consecuencia, en lugar de una bondadosa conciliación con Dios, reina la envidia, los celos, el odio reprimido, la rebeldía y la ira interior. Ninguna persona mejora siguiendo este camino, en el mejor de los casos, solo aprende a adaptarse. Para Jesús es claro como la luz del día que el discurso de los sacerdotes sobre Dios y la necesidad de ofrecerle sacrificios y anticipos no es acertado ni en relación a Dios ni en relación a los hombres. Dios es demasiado bondadoso para aceptar sacrificios, y el hombre demasiado pobre para ofrecerlos.

Es lo que ya antes hemos tratado de decir: primero hemos hablado de la culpa en un sentido eminentemente moral, y en este sentido no se ve inmediatamente la revolución que se prepara. Jesús pensaba, en efecto, que la “justicia” de Dios no era más que un amor que perdona incondicionalmente, una comprensión que todo lo abarca, un esfuerzo incesante por asistir a las personas en su *desamparo*, porque *esto* es lo único que hace justicia a la miseria en la que vive el hombre, porque es lo único que cubre su necesidad. En el fondo, Jesús no habló de nada más que de esto. Y por eso veremos reaparecer una y otra vez este pensamiento de Jesús sobre la “justicia” de Dios como el tema principal de su mensaje.

En este libro hemos comentado una serie encadenada de parábolas de Jesús, tan claras y radicales en sus tesis, que resulta difícil pasarlas por alto. La del propietario de la viña, por ejemplo, o la del siervo bribón.

El perdón es lo que da la vida a los seres humanos. Jesús no deja de buscar imágenes que ilustren esta idea, porque ninguna teoría del Estado, ninguna ciencia jurídica, ninguna filosofía conseguirá explicar jamás la desesperada situación en la que queda el hombre cuando es confrontado con la exigencia de una justicia absoluta supuestamente encarnada por Dios.

La increíble genialidad de Jesús consiste en transmitir a la perfección todo lo que él era y todo lo que quería decir a través de las historias que cuenta, y cuyo tema, en el fondo, siempre es el mismo; las miniaturas literarias que crea son verdaderas obras de arte, exquisitas tallas de marfil, tan deliciosamen-

te trabajadas, que solo es posible apreciar nítidamente todos sus matices colocándolas bajo la lupa. Pero el mensaje que todas ellas encierran es: ¡Están absueltos todos los seres humanos, los cuales, sin esta amnistía general, no podrían vivir! Esto conlleva, qué duda cabe, el fin de la justicia interpretada en sentido jurídico. ¡El derrumbamiento de la justicia penal por insolvencia de todos los deudores!

Consideremos con algún detenimiento la asociación ritual que se hace entre Dios y el dinero. En el templo de Jerusalén se ofrecían sacrificios para “pagar” culpas irreparables, pero también están en una sólida relación de dependencia en otro sentido. Que los hombres salden sus deudas en el templo a través de sacrificios convierte a este en el primer *banco*. Podemos seguir el desarrollo de este fenómeno desde los palacios y templos de Cnosos, en Creta. Los dibujos de sus paredes representan pieles de reses y ovejas, y los arqueólogos conjeturan que tales imágenes representan a las reses y ovejas *reales* que la gente tenía que sacrificar o que habría debido sacrificar. Descubrimos pues en estas imágenes el tránsito de la economía basada en los productos naturales a una economía monetaria. Cuando ya no se quiere comerciar con la piel de los animales o con animales vivos o muertos, la representación *simbólica* de los mismos es de gran ventaja. *En primer lugar*: ya no debe uno manejarse con mercancías perecederas. Una oveja muerta en el Oriente, sin nevera, pierde en pocos días su valor, su carne se hace perjudicial para la salud; pero la *representación* de una oveja muerta puede durar toda la vida. Hay también una *segunda ventaja*: uno puede poner en circulación semejante representación. Y a eso es a lo que llama-

mos dinero: a la representación simbólica de una deuda immortalizada y que se puede transferir.

El *templo* como el primer gran banco de los gobernantes: ¡esto es lo que revelan los estudios arqueológicos! La unidad entre el trono y el altar no es de carácter meramente organizativo, ya desde hace cuatro mil años: los primeros *bancos* de la historia fueron puestos en manos de sacerdotes, los cuales sabían leer, y escribir, y hacer cálculos, y a la par llevaban los libros de deudas de sus señores: reyes y dioses.

En el capítulo 5 del Libro de Nehemías hay una historia sobre el templo de Jerusalén, una escena sumamente elocuente y dramática. Cuando entre los años 520 y 512 a. de C. se reconstruyó el templo de Jerusalén, surgió la pregunta, como es natural, de cómo iban a organizarse y financiarse las obras. El único modo de hacerlo era endeudándose, pidiendo créditos, pero la gente ya estaba endeudada hasta los dientes. En estas circunstancias, la aportación de mano de obra para la construcción del templo debía correr a cuenta de fortunas privadas, pero como eran judíos piadosos, deseaban reconstruir la ciudad santa a cualquier precio. Y de algún modo consiguieron hacerlo. No obstante, 80 años después, en torno al 440 a. de C., las sumas adeudadas eran exorbitantes, y como siempre que hay deudas, también hay personas dispuestas a beneficiarse y sacar el máximo partido de ellas. La sociedad de Jerusalén que se reunía en torno al templo experimentó una profunda ruptura. Los que tenían dinero sangraban a sus deudores, y la gran masa se empobrecía cada vez más. La gente que había caído en la pobreza y carecía de recursos

declaró: ¡Tenemos que vender a nuestros hijos, a nuestras mujeres! Es la misma situación de la que habla Jesús en la parábola del ministro endeudado, la única diferencia es que aquí todo gira en torno al templo. Fue entonces cuando se alzó Nehemías: anunció la anulación de la deuda del pueblo como una exigencia de Dios; ¡el templo debía quedar libre de las deudas a los bancos, del pago de los créditos! Esta medida ajustada al *derecho divino* es inaudita, pues no hay banco que pueda proceder así sin ir a la quiebra; pero Nehemías creía que Dios mismo puede conservar su templo, que es una medida factible, simplemente porque fortalece y promueve la piedad de los hombres. ¿Qué ocurrió después?

En vida de Jesús, el templo de Herodes volvía a ser escenario de importantes negocios gracias a los cuales la casta sacerdotal de los saduceos obtenía inmensos beneficios. Ofrecer un sacrificio supone, como primer paso, llevar al animal al templo, ¿pero cómo? Una persona que vive en Judea se siente en deuda con Dios y quiere hacer las paces con el Más Alto, pero para ello necesita un sacerdote. ¿Qué hace? ¿Recorre toda Galilea con el animal a cuestas y le ata la comida al cuello? Poco práctico. Es mucho más sencillo acudir al templo con el dinero necesario en el bolsillo y conseguir allí al animal, a cambio del cual hay que pagar. Luego tiene que encargar el sacrificio a un sacerdote, el cual también querrá ser recompensado. Este hombre tiene que pagar todos estos servicios en dinero contante y sonante. Y con las prestaciones sacrificiales, los sacerdotes hacen sus operaciones bancarias, no se puede decir de otra manera. Los beneficios que obtenían con estos negocios eran enormes.

Todo templo dispone de una *segunda* fuente de ingresos, hasta nuestros días: el *comercio con objetos de devoción*. No hay catedral, destino de peregrinación o santuario en el que no se saque dinero a los creyentes piadosos, porque siempre existe alguna tablilla, alguna inscripción, amuleto, talismán, vela o animal para el sacrificio que puede pasar a manos privadas con la bendición de los sacerdotes, solo que hay que pagar por ellos, claro. Puede que por separado no cuesten mucho, pero se van sumando. Si multiplicamos su precio por unos cientos de miles, el resultado puede ser una suma, qué duda cabe, considerablemente alta. Una suma que acaba en manos de los sacerdotes, lo mismo que ocurría con los saduceos en Jerusalén.

Y aún existe una *tercera* fuente de ingresos: los *impuestos del templo*. Como en la Antigüedad, nadie se anda con miramientos a la hora de cobrar impuestos. A quien no puede pagarlos no se le exime del pago, ni obtiene un aplazamiento, tendrá que endeudarse con algún usurero, con algún “inversor”, que con toda seguridad le estafará aún más dinero que el primer acreedor. La deuda que tiene que saldar, por encima de todo, son estos *impuestos*, y no importa bajo qué condiciones consiga el dinero. Los sacerdotes viven, para decirlo brevemente, de la pobreza de la gente, así son las cosas, y amontonan los tesoros de los pobres en el santuario. No sabemos a qué valor ascendieron los tesoros del templo de Jerusalén, lo que sí sabemos es tuvo que ser una suma considerablemente alta.

Cuando en el año 63 a. de C. Pompeyo ocupó Jerusalén, respetó hasta cierto el templo. Más adelante

cambió el panorama: el Estado que había dejado Tito a sus espaldas cuando en el año 70 d. C. conquistó Jerusalén estaba prácticamente en la ruina, ¡la “gran” Roma! César Augusto había sido el último en la historia de Roma en llenar las arcas del Estado con las reservas de oro de Egipto tras derrotar a Cleopatra; después ya no quedaron más países que saquear. Las arcas del templo de Jerusalén fueron “confiscadas” por los legionarios romanos –aunque se nos ha transmitido que en realidad todo fue un accidente: un legionario loco arrojó en el valioso templo una antorcha encendida, y todo el edificio quedó reducido a cenizas, de ahí en adelante ya no se supo nada más de sus riquezas. Desapareció el templo, y desaparecieron sus tesoros.

La visita de Jesús al templo de Jerusalén termina con las palabras que podemos leer en el versículo 25, capítulo 11 del evangelio de Marcos: “Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad”. El contexto de estas palabras aparentemente aisladas es manifiesto: lo que enoja a Jesús es la fusión entre Dios y el dinero. Bastaba con ver a los sacerdotes y a sus ayudantes en el templo, con sus prácticas tablillas para escribir, pinakes se llamaban, planchas de madera en las que consignaban los ingresos con estilos de metal. Sobre esas tablillas se podía escribir una carta de amor, pero también confeccionar un registro de deudas. Para los miles de pobres que había en Jerusalén, las tablillas eran un registro de esclavos –en nombre de Dios; en esas tablillas se hacía negocio con el miedo de los hombres.

Dejemos de lado por el momento el relato de la entrada de Jesús en Jerusalén. En el avance hacia

esta escena hay un momento en el que formulan a Jesús una pregunta en relación a los impuestos del templo, es decir, sobre la principal fuente de financiación del santuario de Jerusalén. En Mateo 17, 24-27, Pedro le pregunta si deben pagarse los impuestos del templo: todos los judíos deben pagar al templo un didracma por decreto. En respuesta, Jesús plantea una extraña pregunta a sus discípulos: Pedro, ¿quién tiene que pagar tributo a los reyes de la tierra? ¡Los extranjeros, y no los hijos de la casa! Con lo que quiere decir: ¿Somos acaso nosotros a los ojos de Dios como extranjeros en nuestra propia tierra? ¿Es concebible que los hombres hayan de sentirse como unos desarraigados, personas meramente toleradas, cuando se trata de Dios? Ya de esta pregunta podemos colegir que Jesús rechazaba de plano el pago de tributos al templo. No se compadece con su idea de Dios. Y para llevar aparentemente el asunto al plano de lo imaginario, Mateo nos cuenta una leyenda: Jesús le dice a Pedro que pesque un pez y que en la boca del pez encontrará una moneda de oro. Esto es lo que debe entregar a los sacerdotes en sustitución del tributo obligatorio. El significado de la leyenda es el siguiente: el templo se “financia” única y exclusivamente a través de Dios. El hecho de que vivamos es ya de por sí un milagro de Dios; y si alguien pretende que se le “pague”, solo él mismo puede hacerlo. Este es el sentido del cuento de la moneda en la boca del pez. ¿Pero se ha comprendido alguna vez así?

Para poner esta pregunta en un contexto actual debemos llamar la atención sobre el hecho de que hoy en día la lógica económica sigue comprometiéndose con la férrea indisolubilidad del dinero y la deuda. Los bancos son necesarios, se nos dice, el cobro

de intereses sobre las deudas es necesario, se nos explica; las cosas no podrían ser de otra manera. ¿Cómo es esto? Quien tiene dinero debe invertirlo de algún modo, pues de lo contrario se devalúa. Ya solo el crecimiento económico ejerce presión sobre el valor del dinero, por lo que no tiene sentido guardarlo en un calcetín siguiendo el ejemplo de las abuelas. Por lo demás, vivimos en una época en la que los pagos no se realizan con dinero en efectivo, sería demasiado gravoso acudir a cada persona para devolverle lo que se le debe en dinero contante y sonante: hacemos transferencias, pagamos sin dinero, todo lo cual se hace a través de bancos e instituciones de crédito. Como es natural, debemos pagarles por sus “servicios”. Tomamos por un hecho que *ellos* tienen dinero y que sus “clientes”, los prestatarios, no tienen dinero, así que pagan con *intereses*; aplican tasas de descuento, igual que el banco del templo de Jerusalén. Y esto *tiene* que ser así, nos explican, porque los bancos pueden prestar dinero gracias a que hay personas que han invertido su dinero en el banco. Los inversores tienen derecho a que su institución bancaria esté bien administrada, es decir, tienen derecho a obtener beneficios. Sería irresponsable que los bancos fueran a la quiebra por cobrar intereses demasiado bajos, pues todas las personas que les han entregado su dinero se quedarían en la pobreza. Resumiendo: los bancos están obligados a producir *beneficios*, en nombre de sus acreedores y en nombre de los que han confiado en ellos como inversores. Y para ello los intereses, las tasa de descuento, son indispensables. El quince por ciento, el doce por ciento sobre la deuda. ¡Con esa cantidad sí que se puede dirigir el rumbo (*steuern*) de los acontecimien-

tos! Cobrar impuestos (*steuern*) quiere decir dirigir la economía, es decir, el margen de beneficios; y ese es el “deber” de los bancos.

En nuestros días –dicho sea de paso– la bolsa está a rebosar. ¡Nunca había funcionado tan bien! Resulta a todas luces mucho más lucrativo poner tu dinero a “trabajar” que ponerse a trabajar. El índice de acciones alemanas está que se sale, y lo único que empaña la alegría general es el hecho de que los porcentajes de eso que llaman DAX son idénticos a los del número de parados. Ambos fenómenos están relacionados, ¿pero estamos autorizados a decirlo? ¿Quiere alguien saberlo? ¿Qué pasa con los bancos?

Es asombroso que Jesús, antes de ir al templo de Jerusalén, aborde con gran concisión el tema del dinero, en el capítulo 14 de Lucas, versículos 12-14, y que no solo rechace como judío el cobro de intereses, sino que afirme: si tienes dinero y se lo prestas a alguien, que sea a una persona que no te lo puede devolver. Con lo que quiere decir: “¡Ellos son los que más lo necesitan! Los que están en situación de devolverlo no están en la miseria. ¡Escógelos bien! No puedes dárselo a cualquiera, pero cuando sepas que se trata de un préstamo a fondo perdido, ¡comprométete! Ellos te dirán, desde luego, que te devolverán todo el dinero, pero tú obsérvalos. Cuando al recibir el préstamo mientan más que hablan porque es seguro que no van a poder devolverlo, piensa: ¡esta clase de mentirosos son las personas que están en la miseria, los que de verdad lo necesitan! Sus mentiras son solo una treta para no tener que decir la verdad. Nunca creerían que si dicen: no tenemos nada, y no vamos a poder devolvértelo, tú les darías el dinero.

Así que diles: amigo mío, no creo ni una palabra de lo que me estás diciendo, pero eso se debe a que estás verdaderamente necesitado, y es a ti a quien quiero ayudar. Haz así las cosas”, aconsejaba Jesús.

El hombre que no dejaba de hablar de perdón, de gracia, de apoyo incondicional allí donde hablaba con otros hombres, no quiso respaldar, ni pudo soportar una institución que explotaba a las personas y que, por añadidura, llamaba “servicio religioso” a lo que hacía. En este momento Jesús, parece, llegó a su límite. Fue un día al templo, se nos dice, y observó atentamente a lo largo de la tarde todo lo que allí se traían entre manos, y al día siguiente fue a remediarlo.

Por aquella época, el templo de Jerusalén se encontraba en manos de ciertas personas. Conocemos a la gente que estaba con el Sumo Sacerdote en los tiempos de Jesús. Ahí está Caifás, yerno de Anás, y ahí están los pabellones de Anás, donde se vende el ganado para los sacrificios y florece el comercio de objetos de devoción; en Jerusalén, diez hijos de la familia de Anás se convierten sucesivamente en Sumos Sacerdotes, y un hombre como Caifás hace muy buenas migas con esta familia, con esta estirpe o mafia; depende de ellos, tiene que ponerse en sus manos para contar con su apoyo: en la unión está la fuerza, como se dice. Difícilmente podemos imaginarnos lo que supuso que Jesús cuestionara su derecho a hacer en el templo de Jerusalén los negocios que se hacían. ¡Nada de sacrificios, ni de ingresos por las operaciones comerciales, ni de tributo al templo! ¡La casta sacerdotal acusada! ¡La banca en nombre de Dios tachada de corrupta!

Según la descripción que hace Marcos de la “limpieza del templo”, Jesús citó encolerizado el capítulo 7 de Jeremías (Jeremías 7, 11) para justificar sus propias palabras. Pero Jesús jamás “citó”. No era un escriba, él no vivía de recoger en pergaminos y traer al presente notas extraídas del archivo de las Sagradas Escrituras; ¡él dice lo mismo que Jeremías! En su época, Jeremías acudió al templo y asumió en tono irónico la llamada a la oración declarando: ¡El templo del Señor! ¡El templo del Señor está aquí! Vuestra vida debería ser el templo del Señor, pero asesináis, robáis, saqueáis, extorsionáis a las viudas y luego venís al templo! ¡El templo del Señor! ¡En eso consiste la decadencia del templo! –esto es lo que Jeremías vino a decir. ¡Y lo mismo hace Jesús!

No es necesario que las personas que comprenden el mensaje de Jesús derriben los muros del templo. Los que lo comprenden, ya no necesitan el templo, sencillamente, pierden el miedo a Dios. Desde ese momento, se hace inviable seguir explotando a las personas en nombre de Dios y de la religión. Ya no se les puede dirigir desde fuera, el aparato, la maquinaria, se desmorona. ¡Se acabó lo de bunkerizar y “banquizar” a Dios! Los seres humanos son libres como pájaros que escapan de la jaula. Esto es lo que sucedió en aquel momento. El asunto llegaría rápidamente a oídos de los Sumos Sacerdotes y de los escribas, y es fácil de comprender que resolvieran al instante que aquel hombre debía desaparecer. La cuestión era: ¿cómo? No puede hacerse abiertamente, sino como les gusta hacer las cosas a los políticos: a escondidas. Estos círculos temen al pueblo, por lo que tienen que engañarlo. Para ello basta con recurrir a algunas argucias, jurídicas, tácticas, propagandísti-

cas, pero lo que iba a ofrecerse como “legitimación” estaba servido: un hombre que está contra el templo es un profeta del diablo, no puede estar del lado de Dios. ¡Alguien que toma partido por los deudores y se enfrenta a los acreedores atenta contra el orden del mundo!

Preguntémonos por un momento qué podemos aprender de todo esto. Lo primero sería: en Jesús vemos a un hombre que se pone en peligro de muerte desde el mismo instante en que deroga al terrible dios de los sacrificios. Preguntémonos: ¿por qué tenía que morir? Y ahora la respuesta reza: ¡por esa actitud, precisamente! Una religión que hace negocio de Dios se viene abajo cuando reaparece el Dios de la bondad. Cualquiera que conciba así a Dios, adopta una posición radicalmente opuesta a la de la religión sacerdotal tradicional. No hay acuerdo posible entre ambas posturas, son irreconciliables. Jesús quería que la gente comprendiera de una vez por todas este giro en la imagen de Dios. Él pensaba, está claro, que, confiando en Dios, este cambio radical resultaba tan sencillo como decirle a una montaña: “Quítate y arrójate al mar” (Marcos 11, 23). Jesús era perfectamente consciente del enorme desafío que entrañaba este giro, aún así, estaba convencido de que era posible si confiábamos en Dios. ¡Para la persona que de verdad confía en Dios desaparecen todas las dificultades! Y las excusas de siempre (“Eso no puede hacerse de golpe, es demasiado pedir”) dejan de tener valor. Para la persona que de verdad confía en Dios ya no tiene sentido dejar de hacer lo correcto por miedo. Ahora o nunca, esa era la postura de Jesús.

Luego, en este mismo contexto, Jesús retoma el tema central de su mensaje: “Y cuando os pongáis de pie para orar perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas” (Marcos 11, 25). En esto radica la explicación de todo.

Lo económico no es más que una manifestación externa, el dinero no es más que uno de los muchos modos que existen de representar las deudas que unos hombres tienen con otros. Todos fallamos en algo, y no solo cometemos errores, sino que a menudo tampoco estamos donde deberíamos estar, ni a disposición de los demás en la forma en que deberíamos estarlo. De ahí que todos vivamos complementándonos los unos a los otros y, por lo tanto, formando una unidad. Esa es la visión de Jesús. En ella no hay lugar para un Dios para el que la “justicia” en su sentido filosófico formal tenga valor.

Martin Lutero tenía razón cuando en sus *Charlas de sobremesa* hizo el ingenioso comentario de que “los juristas no podían ser cristianos”. Lutero elevó objeciones contra los intereses ya en un escrito del año 1524. Debemos a su pluma una palabra maravillosa a la vez que terrorífica: *Wucher*, usurero. Solo que debemos pronunciarla con contundencia, con una “u” cerrada, en un tono ronco y grave, como probablemente lo hacía él mismo en sajón: *der Wucher*. El reformador escribió contra los usureros en la época en que los Fuggery y los Welser amasaban fortunas con sus grandes negocios. No es posible comprender a Dios y arrojarle después al cuello del prójimo. Eso es lo que nos enseña la parábola del capítulo

18 de Mateo: todos vivimos del perdón de Dios. Y cualquiera que vea esto comprenderá que para los pocos años que vamos a vivir sobre la tierra, exigirnos los unos a los otros la liquidación de las deudas viene a ser lo mismo que discutir por naderías. Dios no puede estar detrás de una convivencia entre los hombres signada por la competitividad, la rivalidad, la definición del éxito de unos por el fracaso de otros. Semejante orden económico jamás obtendría el beneplácito de Jesús.

Así que, ¿no habría sido correcto seguir la propuesta de las Iglesias: celebrar el año 2.000 condonando a los países en vías de desarrollo los intereses, al menos, sobre su deuda? Se trata ciertamente de una medida que habría atacado las causas de la crisis global que ahora fingimos combatir por la vía militar –y quizás también puesto fin a la ambigüedad de la Iglesia. ¿Por qué? Misereor² recauda dinero para paliar la miseria de los países del Tercer Mundo. Pero eso a lo que llamamos ayuda al desarrollo, las colectas destinadas a las personas que viven en la pobreza, no es más que una suma mínima, ni siquiera la milésima parte de lo que le hemos quitado a los países del Tercer Mundo para generar los excedentes con los que ahora, nadando en la abundancia, fingimos ser caritativos.

Más concretamente: la deriva de los precios de las materias primas y de los productos elaborados en el mercado mundial hace cada vez más ricos a los países industrializados y cada vez más pobres a los países que suministran materias primas desde hace más

2. Organización de ayuda al desarrollo de la Iglesia católica de Alemania.

de cuarenta años. ¿*Justicia*? Saqueamos las riquezas del subsuelo de los países del Tercer Mundo de todas las formas habidas y por haber, y nos sentimos legitimados a hacerlo, porque nosotros somos los expertos, porque sabemos cómo hacerlo, incluso creamos puestos de trabajo en los que empleamos a los nativos como peones, como mano de obra barata. ¡Deberían alegrarse de que les demos trabajo! ¡Y cuánto se desarrollan tecnológicamente! ¡Contribuimos a la construcción de esos países! Así debemos ver las cosas. Lo único que hay detrás de todo esto es la destrucción de gran parte de las riquezas naturales y de las culturas de los pueblos, todo lo cual revela que no basta con corregir los fallos del sistema: y hace 2.000 años Jesús comprendía que es imprescindible cambiarlo todo. Entretanto, el tratamiento de estas cuestiones es más que nunca un asunto de vida o muerte.

La Pascua nos enfrenta a la cuestión de en qué creemos realmente. Había gente que decía: “Está bien que desaparezca un hombre como Jesús”. Pero también pueden utilizarse caminos rituales y dogmáticos para silenciar a Jesús. La forma de quitarse de en medio a Jesús que la Iglesia autoriza consiste en explicarnos piadosamente que él, como Hijo de Dios, como el Salvador del mundo, vino a traernos el Reino de Dios, en efecto, pero que todavía no ha llegado, por desgracia. Tenemos que confiar en que lo hará algún día, pero tampoco debemos precipitarnos efusivamente hacia él. En semejante clase de “confesiones” solo se habla de Jesús para asegurarse de que jamás se escuchará su voz. Como decía Sören Kierkegaard, ¡ningún atracador de bancos es tan malvado! Un asaltador solo saquea lo que hay en la caja de

caudales, pero la gente que genera inflación emitiendo billetes que carecen completamente de valor, llevan a todo el mundo a la ruina. ¡Esto es lo que ha hecho la cristiandad!

En realidad, lo que debemos hacer es volver a comenzar, desde el principio del todo, para que exista la Pascua, para que el lenguaje de la muerte toque a su fin y se hagan visibles las *sendas de salvación*. Los que piensan que es posible hacer desaparecer, sin más, al hombre de Nazareth, demuestran que en el fondo ellos solo administran la destrucción de lo humano, la eliminación de todo aquello por lo que merece la pena vivir. Y en este conocimiento se halla el comienzo de todo.

caminos

Director de Colección: FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN

1. MARTÍN BIALAS: *La “nada” y el “todo”*.
2. JOSÉ SERNA ANDRÉS: *Salmos del Siglo XXI*.
3. LÁZARO ALBAR MARÍN: *Espiritualidad y praxis del orante cristiano*.
5. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *Desde lo oscuro al alba*.
6. KARLFRIED GRAF DUCKHEIM: *El sonido del silencio*.
7. THOMAS KEATING: *El reino de Dios es como... reflexiones sobre las parábolas y los dichos de Jesús*.
8. HELEN CECILIA SWIFT: *Meditaciones para andar por casa*.
9. THOMAS KEATING: *Intimidad con Dios*.
10. THOMAS E. RODGERSON: *El Señor me conduce hacia aguas tranquilas. Espiritualidad y Estrés*.
11. PIERRE WOLFF: *¿Puedo yo odiar a Dios?*
12. JOSEP VIVES S.J.: *Examen de Amor. Lectura de San Juan de la Cruz*.
13. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *La mitad descalza. Oremus*.
14. M. BASIL PENNINGTON: *La vida desde el Monasterio*.
15. CARLOS RAFAEL CABARRÚS S.J.: *La mesa del banquete del reino. Criterio fundamental del discernimiento*.
16. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Cartas de un despiste. Mística a pie de calle*.
17. PABLO GARCÍA MACHO: *La pasión de Jesús. (Meditaciones)*.
18. JOSÉ ANTONIO GARCÍA-MONGE y JUAN ANTONIO TORRES PRIETO: *Camino de Santiago. Viaje al interior de uno mismo*.
19. WILLIAM A. BARRY S.J.: *Dejar que le Creador se comuniqué con la criatura. Un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*.
20. WILLIGIS JÄGER: *En busca de la verdad. Caminos - Esperanzas - Soluciones*.
21. MIGUEL MÁRQUEZ CALLE: *El riesgo de la confianza. Cómo descubrir a Dios sin huir de mí mismo*.
22. GUILLERMO RANDLE S.J.: *La lucha espiritual en John Henry Newman*.
23. JAMES EMPEREUR: *El Eneagrama y la dirección espiritual. Nueve caminos para la guía espiritual*.
24. WALTER BRUEGGEMANN, SHARON PARKS y THOMAS H. GROOME: *Practicar la equidad, amar la ternura, caminar humildemente. Un programa para agentes de pastoral*.
25. JOHN WELCH: *Peregrinos espirituales. Carl Jung y Teresa de Jesús*.
26. JUAN MASÍÁ CLAVEL S.J.: *Respirar y caminar. Ejercicios espirituales en reposo*.
27. ANTONIO FUENTES: *La fortaleza de los débiles*.
28. GUILLERMO RANDLE S.J.: *Geografía espiritual de dos compañeros de Ignacio de Loyola*.
29. SHLOMO KALO: *“Ha llegado el día...”*.
30. THOMAS KEATING: *La condición humana. Contemplación y cambio*.
31. LÁZARO ALBAR MARÍN Pbro.: *La belleza de Dios. Contemplación del icono de Andreï Rublev*.
32. THOMAS KEATING: *Crisis de fe, crisis de amor*.
33. JOHN S. SANFORD: *El hombre que luchó contra Dios. Aportaciones del Antiguo Testamento a la Psicología de la Individuación*.
34. WILLIGIS JÄGER: *La ola es el mar. Espiritualidad mística*.
35. JOSÉ-VICENTE BONET: *Tony de Mello. Compañero de camino*.

36. XAVIER QUINZÁ: *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo.*
37. EDWARD J. O'HERON: *La historia de tu vida. Descubrimiento de uno mismo y algo más.*
38. THOMAS KEATING: *La mejor parte. Etapas de la vida contemplativa.*
39. ANNE BRENNAN y JANICE BREWI: *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida.*
40. FRANCESC RIERA I FIGUERAS, S.J.: *Jesús de Nazaret. El Evangelio de Lucas (I), escuela de justicia y misericordia.*
41. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *Plegarias de mar adentro. 23 Caminos de la oración cristiana.*
42. BENOÎT A. DUMAS: *Cinco panes y dos peces. Jesús, sus comidas y las nuestras. Teovisión de la Eucaristía para hoy.*
43. MAURICE ZUNDEL: *Otro modo de ver al hombre.*
44. WILLIAM JOHNSTON: *Mística para una nueva era. De la Teología Dogmática a la conversión del corazón.*
45. MARIA JAUDI: *Misticismo cristiano en Oriente y Occidente. Las enseñanzas de los maestros.*
46. MARY MARGARET FUNK: *Por los senderos del corazón. 25 herramientas para la oración.*
47. TEÓFILO CABESTRERO: *¿A qué Jesús seguimos? Del esplendor de su verdadera imagen al peligro de las imágenes falsas.*
48. SERVAIS TH. PINCKAERS: *En el corazón del Evangelio. El "Padre Nuestro".*
49. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *El Espíritu Santo desde sus símbolos. Retiro con el Espíritu.*
50. XAVIER QUINZÁ LLEÓ, S.J.: *Junto al pozo. Aprender de la fragilidad del amor.*
51. ANSELM GRÜN: *Autosugestiones. El trato con los pensamientos.*
52. WILLIGIS JÄGER: *En cada ahora hay eternidad. Palabras para todos los días.*
53. GERALD O'COLLINS: *El segundo viaje. Despertar espiritual y crisis en la edad madura.*
54. PEDRO BARRANCO: *Hombre interior. Pistas para crecer.*
55. THOMAS MERTON: *Dirección espiritual y meditación.*
56. MARÍA SOAVE: *Lunas... Cuentos y encantos de los Evangelios.*
57. WILLIGIS JÄGER: *Partida hacia un país nuevo. Experiencias de una vida espiritual.*
58. ALBERTO MAGGI: *Cosas de curas. Una propuesta de fe para los que creen que no creen.*
59. JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.: *La sementera del silencio.*
60. THOMAS MERTON: *Orar los salmos.*
61. THOMAS KEATING: *Invitación a amar. Camino a la contemplación cristiana.*
62. JACQUES GAUTIER: *Tengo sed. Teresa de Lisieux y la madre Teresa.*
63. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Aún queda un lugar en el mundo.*
64. ANSELM GRÜN: *Fe, esperanza y amor.*
65. MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO: *Regreso a la felicidad del silencio.*
66. CHRISTOPHER GOWER: *Hablar de sanación ante el sufrimiento.*
67. KATTY GALLOWAY: *Luchando por amar. La espiritualidad de las bienaventuranzas.*
68. CARLOS RAFAEL CABARRÚS: *La danza de los íntimos deseos. Siendo persona en plenitud.*
69. FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN, O.C.D.: *El cielo en la Tierra. Sor Isabel de la Trinidad.*

70. THOMAS MERTON: *Paz en tiempos de oscuridad. El testamento profético de Merton sobre la guerra y la paz.*
71. XAVIER QUINZÁ LLEÓ, S.J.: *Dios que se esconde. Para gustar el misterio de su presencia.*
72. THOMAS KEATING: *Mente abierta, corazón abierto. La dimensión contemplativa del Evangelio.*
73. ANSELM GRÜN - RAMONA ROBBEN: *Marcar límites, respetar los límites. Por el éxito de las relaciones.*
74. TEÓFILO CABESTRERO: *Pero la carne es débil. Antropología de las tentaciones de Jesús y de nuestras tentaciones.*
75. ANSELM GRÜN - FIDELIS RUPPERT: *Reza y trabaja. Una regla de vida cristiana.*
76. MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO: *Las dos puertas. La reconciliación interior en la experiencia del silencio.*
77. THOMAS MERTON: *El signo de Jonás. Diarios (1946-1952).*
78. PATRICIA MCCARTHY: *La palabra de Dios es la palabra de la paz.*
79. THOMAS KEATING: *El misterio de Cristo. La Liturgia como una experiencia espiritual.*
80. JOSEPH RATZINGER -BENEDICTO XVI-: *Ser cristiano.*
81. WILLIGIS JÄGER: *La vida no termina nunca. Sobre la irrupción en el ahora.*
82. SANAE MASUDA: *La espiritualidad de los cuentos populares japoneses.*
83. EUSEBIO GÓMEZ NAVARRO: *Si perdonas, vivirás. Parábolas para una vida más sana.*
84. ELIZABETH SMITH - JOSEPH CHALMERS: *Un amor más profundo. Una introducción a la Oración Centrante.*
85. CARLO M. MARTINI: *Los ejercicios de San Ignacio a la luz del Evangelio de Mateo.*
86. CARLOS R. CABARRÚS: *Haciendo política desde el sin poder. Pistas para un compromiso colectivo, según el corazón de Dios.*
87. ANTONIO FUENTES MENDIOLA: *Vencer la impaciencia. Con ilusión y esperanza.*
88. MARÍA VICTORIA TRIVIÑO, O.S.C.: *La palabra en odres nuevos, presencia y latido. Una mirada hacia el Sínodo de la palabra.*
89. ROBERT E. KENNEDY, S.J.: *Los dones del Zen a la búsqueda cristiana.*
90. WILLIGIS JÄGER: *Sabiduría de Occidente y Oriente. Visiones de una espiritualidad integral.*
91. DOROTHEE SÖLLE: *Mística de la muerte.*
92. THOMAS MERTON: *La vida silenciosa.*
93. EUSEBIO GÓMEZ NAVARRO, O.C.D.: *¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora? Y ¿por qué no? Sentido del sufrimiento.*
94. MARY MARGARET FUNK, O.S.B.: *La humildad importa. Para practicar la vida espiritual.*
95. TEÓFILO CABESTRERO: *Entre el sufrimiento y la alegría. Nuestra experiencia actual y la experiencia de Jesús de Nazaret.*
96. WILLIAM A. MENINGER, O.C.S.O.: *El proceso del perdón.*
97. LAUREANO BENÍTEZ: *Cuentos cristianos. Una fuente de espiritualidad.*
98. DIETRICH BONHOEFFER: *Los Salmos. El libro de oración de la Biblia.*
99. JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU: *La inteligencia espiritual o el sentido de lo sagrado.*
100. EUGEN DREWERMANN: *Sendas de Salvación.*

¿Cómo comprender el mensaje de Jesús en este mundo? Esta pregunta conserva su carácter acuciante desde los días de Caín y Abel en el problema de la guerra. La guerra es el resumen, el efecto y la causa de todos los males que los hombres son capaces de infligir a otros hombres. Tanto tiempo como exista la guerra, el mundo carecerá de orden, estará necesitado de salvación. ¿Pero cómo? Las ideas que presenta este libro dejan claro lo siguiente: no es posible asistir a los hombres recurriendo a la moral. Ninguno de los problemas reales que afectan a la vida humana se resuelve con un “debes” o “no debes”. Lo que los hombres necesitan es bondad y acompañamiento, es una mano abierta y no un dedo que se alza o señala, una aceptación sin prejuicios y una atención sincera y no dogmatismo y conformismo. Se trata de encontrar en los hombres el punto desde el que se hace posible desarticular el mundo presente en nombre del hombre de Nazaret y, con la vista fija en él, transformarlo en un mundo nuevo, mejor.

Creer en Jesús significa contar con una fuerza que nos sostiene mientras creemos naufragar; con una confianza que nos proporciona la fuerza que necesitamos para volver a creer en nosotros mismos, para “irnos, y no volver a pecar”.

Eugen Drewermann, Doctor en Teología, nacido en 1940, es quizás el teólogo más conocido en nuestros días. Tras serle retirada la autorización para enseñar y el ejercicio del sacerdocio, ha trabajado como terapeuta y escritor.

ISBN: 978-84-330-2385-8



9 788433 023858

www.edesclee.com**Desclee De Brouwer**